

27 JUN 1915

La Esfera



Año II * Núm. 78

Precio: 50 cénts.





Una hermosa cabellera
embellece a la mujer
y para obtenerla
nada mejor que el

PETRÓLEO GAL

A. Ehrmann

La Esfera

Año II.—Núm. 78

26 de Junio de 1915

ILUSTRACIÓN MUNDIAL



EL GENERAL LUIS CADORNA

DIBUJO DE MATANIA

Comandante en jefe de las tropas italianas que operan contra las tropas austriacas

DE LA VIDA QUE PASA
LA BUENA MUERTE

CUATRO médicos reunidos en torno al lecho del paciente diagnosticaron lo incurable de su dolencia. Ella sería larga, dolorosa, muy dolorosa. Vendría la muerte tras padecimientos horribles, y vendría lenta, cruel, matando al enfermo poco á poco, á pedazos: hoy la acción física, mañana la luz intelectual; una vez el brillo de los ojos, otra el uso de la palabra...

Después transcurriría el tiempo. La criatura humana, convertida en bestia parálitica, ulularía sobre los colchones, traduciendo en gritos inarticulados el fiero martirio de su carne. Al fin, al cansarse la muerte de este bárbaro juego, el enfermo dejaría de ser; de sufrir, por él, la familia; de recetar, por recetar, los médicos.

¿Cuánto duraría el suplicio inquisitorial? Meses, años tal vez. Alivios momentáneos, que luego traerían momento de dolor: la agonía declarándose en sesión permanente: algo así como una cuchilla que fuera cayendo muy despacio contra la garganta de un hombre puesto boca arriba y forzado á tener abiertos de par en par los ojos.

Llevando en los nuestros la imagen de la víctima, caminábamos el maestro Salillas y yo por los bajos de la Moncloa, á la hora del crepúsculo, cuando el día se dispone á morir en amorosa paz.

El sol caía lentamente, enviando á la tierra los últimos besos de su luz; el canto de las aves era un cuchicheo melancólico; un suspiro al aire vibrando en la bóveda del pinar...

Aquella agonía del astro, llena de dulcedumbre, sacudió mis nervios evocando la otra agonía, la del humano ser condenado, sin apelación, á un tormento de meses, de años, si la muerte daba en emperzarse.

—¡Pero eso es inicuo!—dije, encarándome con Salillas.

—¿El qué?—me respondió.

—El permitir la prolongación indefinida del sufrimiento en el enfermo que acabamos de abandonar. Si no ha de curarse, ¿á qué prolongar su agonía? Si ella ha de ser tan horrorosa como larga, ¿á qué no evitar su duración? Si el enfermo, viviendo y sufriendo, no puede ser ya útil á sí propio y á sus semejantes, ¿por qué conservarle en el mundo? Si la ciencia declara imposible su curación, ¿por qué prolongar su martirio? ¿No fuera más noble, más piadoso matar de golpe á esa criatura infeliz, burlando á la muerte en su lentitud y al dolor en su crueldad?

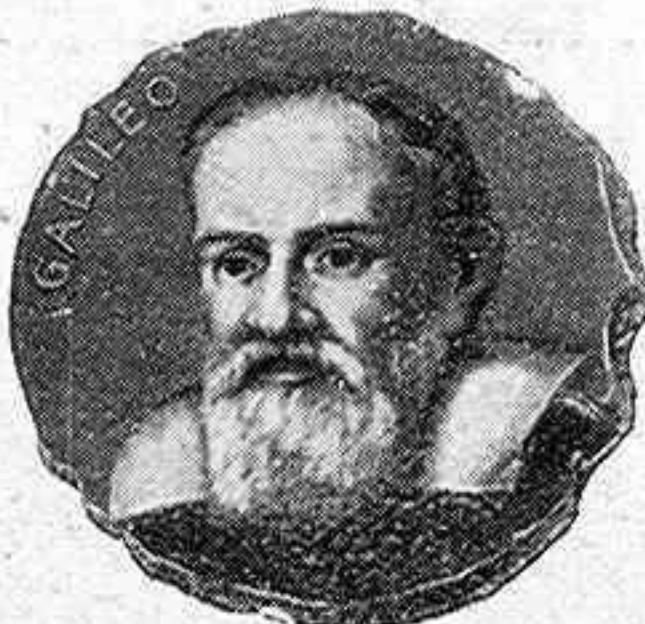
—Ya se ha pensado en ello, ya se ha discutido entre doctores eminentes la conveniencia ó inconveniencia de suprimir el dolor, de acortar la agonía cuando la catástrofe es inevitable. Hasta nombre, y nombre de alta misericordia, tiene entre los médicos la solución de este problema. Le llamamos «La buena muerte.»

—A juicio de muchos profesionales, yo comparto su juicio—siguió hablando Salillas—, cuando la ciencia ha agotado todos sus recursos, cuando es incurable la enfermedad, cuando el hombre víctima de ella no puede prestar servicio alguno á los individuos y á la especie, cuando sólo puede ser un parásito fúnebre, un montón de carne torturada que se deshace entre alaridos, matar, no matar, acortar y dulcificar la

MEDALLAS ANTIGUAS



Este hijodalgo peleó soldado, gimió cautivo, padeció lisiado. Burlante envidiosos y pedantes. Era el ingenio lego. Fué CERVANTES.



Impostura, blasfemia, error, falsía, vanidad y soberbia, ciencia impía. Acata el fallo, se confiesa reo... E por si muove—dice GALILEO.



Por hereje á tormento, horca y hoguera, y sus cenizas que en el Arno hundiera arrastra en pos el odio que le inmola. Pero su nombre no: SAVONAROLA.



¡Oh, sorpresa, oh, escándalo, señores, de maznates, fogados y doctor?! Un pobre loco, errante y vagabundo... este es COLÓN, y su locura un mundo.

INSCRIPCIÓN

Amigo Tiempo, tu poder invoco, tu culto adoro y tu justicia canto. Sabio es el impostor; profeta, el loco; el lego, genio; y el hereje, santo.

José DE LASERNA

agonía es un deber del médico. Si no puede suprimir el dolor para conservar la existencia, que la suprima para embellecer á la muerte.

—La teoría que sientan ustedes—repuse—es noble, tan noble como lógica. ¿Por qué no la practican?

—Porque á ello se oponen, dificultando, impidiendo su ejecución, prejuicios de toda índole. En el orden afectivo, la duda y la indecisión familiar, el «¡quién sabe!», asidero último de la esperanza, baluarte postrero donde se refugia el anhelo de no perder á los seres queridos; en el orden legal, la irresolución de los legisladores para autorizar un procedimiento...

—¿Tiene gracia esa irresolución de los legisladores!... ¡No dudan en entregar al verdugo la existencia de un hombre sano y hacen repulgos cuando se trata de evitar sufrimientos á un enfermo incurable!

—A más de estos prejuicios existen los que se basan en las creencias religiosas. No hay, según ellas, derecho á intervenir para matar, en los padecimientos físicos de un hombre. Tales padecimientos pueden ser un decreto divino, un anticipo del purgatorio... Después siempre queda el milagro.

Calló Salillas cerrando su discurso con una sonrisa burlona.

«¡La buena muerte!...»

¿Por qué no darla? ¿Por qué no recurrir á ella si la ciencia se declara impotente para la curación, y si el sufrimiento es horrible, interminable la agonía y la catástrofe segura?

¿Qué es más justo? ¿Dejar que la carne humana se pudra poco á poco en perpetuo martirio, viviendo encima de la tierra vida lamentosa é infecunda, ó hacer que esa vida concluya y de una vez, que la carne bajo tierra acabe de pudrirse?

¡Las dudas, las indecisiones, el egoísta «¡quién sabe!» familiar!... En la mayoría de los casos fueran fáciles de vencer los obstáculos familiares. Seguro de que no hay remedio para la existencia querida, de que la prolongación de esta existencia es sólo una prolongación de tormentos, ¿quién que de veras ame no pedirá de rodillas, poniendo los brazos en cruz, la muerte inmediata del adorado ser?

¡Los repulgos legales!... ¿Con qué derecho podría oponerse la ley á lo que la ciencia decretara?

¡Las creencias religiosas!... Respeto á todos los creyentes, cuando lo son de buena fe. Pero esos creyentes, á poco que mediten, no pueden suponer en Dios la crueldad; no pueden admitir que Dios se entretenga con el dolor de una criatura, como se entretendría un chiquillo de per-versa índole atormentando á un pájaro.

Hay que tener más alta idea de Dios, cuando se cree en él.

¡La buena muerte!...

A que la teoría se traduzca en hechos cuanto antes deben ir los hombres de ciencia. Cuando la muerte no se puede evitar, lo piadoso es dulcificarla.

Padre soy de hijos. Si uno de ellos llegara al horrible trance objeto de esta crónica, yo no vacilaría; le diría al médico: ¡Mata!...

JOAQUÍN DICENTA

CANTOS DE SOLEDAD

LA CUNA VACÍA

¿Dónde estás, hijo mío?
 ¡Ya no escucho tu llanto!
 Si el nido está vacío,
 ¿para quién canto?...

Esta noche la luna
 está pálida y fría...
 Sobre tu blanca cuna
 duerme la sombra mía...

Luna, vieja hilandera,
 mientras gira la eterna devanadera,
 con tu luz teje un velo
 para mi hijo que está en el cielo...

¡Oh, su cuna vacía!
 No cabe en ella mi sombra negra y triste...

¡Hijo del alma mía,
 que ya no existe!...
 Tal vez su cuna
 sea en la noche eterna la amante luna...

DE LAS NOCHES BLANCAS...

—Flor de jazmín y nardo
 y lirio y azucena,
 blanca flor.

—Flor que habla de la nieve
 de la luna y de la pena
 del amor.

—Flor de las noches blancas
 de castidad y angélicas delicias,
 flor de azahar.

—Flor de las desposadas,
 las comulgantes y de las novicias,
 flor de altar.

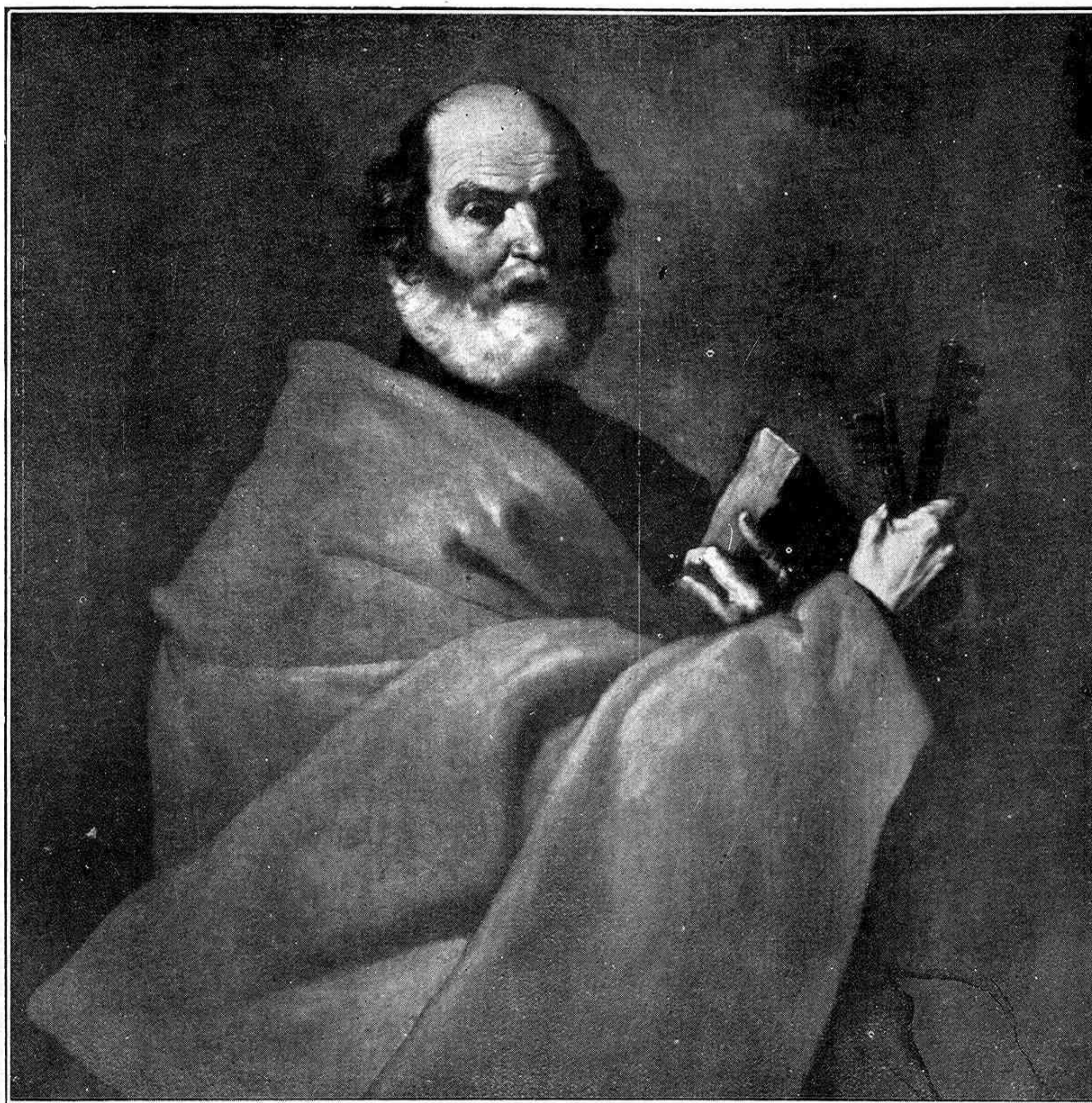
—Símbolos de pureza,
 flores del sacrificio...
 Si manchan su belleza
 son las flores del vicio...

—Perlas del rocío que riega las flores
 de suaves colores.
 Lágrimas sin mácula que lloran los cirios
 en lentos martirios.

—La nítida flor,
 que era blanca y lozana en su aurora,
 herida está ahora
 sangrando de amor.

Goy DE SILVA

ARTE CRISTIANO
SAN PEDRO, APÓSTOL



San Pedro, pintado por Ribera

EL nombre del Príncipe de los Apóstoles va unido al episodio más bello de la predicación cristiana, ocurrido ya en las orillas ó ya en las olas celestes del lago de Tiberíades.

San Pedro, hombre de fe viva y de imaginación ardiente, fundador de su Cátedra en la Ciudad Eterna, el primero de los Apóstoles y discípulo de Cristo en la tierra, nació en Bethsaida, cerca del lago de Jenezaret, y murió el año 66 después de Jesucristo, durante el imperio del tirano Nerón, y después de estar encarcelado en la Mamertina, hoy iglesia de *San Pietro in Carcere*, sufriendo como judío la muerte de cruz en el sitio llamado Vaticano ó Monte de Ora, con la cabeza abajo por tenerse por indigno de padecer el mismo suplicio que nuestro Salvador.

Sus reliquias se conservan aún en la cripta llamada Confesión de San Pedro, perteneciente á la basílica del Vaticano...

El arte cristiano se ha complacido, desde los primeros tiempos del cristianismo, en representar al Príncipe de los Apóstoles animando de tal modo su figura y dándole una realidad tan viva, que á pesar de los siglos pasados no puede dejar de reconocerse por la Historia.

Grandes obras arqueológicas en esculturas y esmaltes reproducen fielmente multitud de episodios de la vida de este Príncipe de los Apóstoles. Una de las más antiguas y famosas es la célebre estatua existente en Roma, y que se cree ser del siglo V, representándole sentado en una silla, con las llaves en una mano, mientras que con la otra bendice al pueblo. A pesar de ser de bronce, los besos de los cristianos durante los siglos

que han pasado han concluído por desgastar la mitad de los dedos de un pie.

En cuanto á las obras pictóricas, sería tarea imposible dar cuenta, aunque fuera solamente á la ligera, de las más notables hechas en la Edad Media.

En el Museo de Brea, en Milán, y en la Galería Dori, existen magníficos lienzos de Guilo; en Venecia, en la iglesia de Santa María del Orio y en el Museo de Nápoles, composiciones de Tintoretto, Agustín Caracci y del Dominiquino, que ponen en la figura de San Pedro distintos pasajes de su vida.

Nuestra Pinacoteca del Prado guarda entre sus maravillosas obras, á más de los lienzos que forman los apostolados de Rubens, Ribera, Navarrete, Guindo, Guerchino, Lucas Giordano y Catena, diversos asuntos del Santo procedentes del Convento de Santo Tomás, de Avila, existentes en la sala de Tablas, y que por creerse de Pedro Berruguete, pintor del Rey Felipe el Hermoso, y pertenecer á los comienzos de la escuela castellana, son todos interesantísimos y dignos de estudio.

En 1480, el gran Pontífice Sixto IV llamó á Roma á Prieto Banucci el *Perujino*, encargándole decorar la capilla que lleva el nombre de aquel fastuoso Papa. Pintó en ella *Perujino*, *La vocación de los Apóstoles*, *El bautismo de Cristo* y *La vocación de San Pedro*; este último asunto el más notable y maravilloso, en el que aglomeró grandes efectos de luz, gran número de personajes y gran copia de riqueza y sencillez.

Tiene lugar el asunto en una ancha y espaciosa plaza, limitada por un octágono y dos arcos

de triunfo de estilo clásico. Vese en primer término á Jesucristo seguido de seis discípulos entregando á San Pedro las llaves del reino del Cielo, signo de su pontificado, que el pescador del mar de Galilea recibe arrodillado y fervoroso, mientras que sus compañeros le rodean, comentando, al parecer, el transcendental acontecimiento. Mírase á ambos lados del grupo principal varios patricios vistiendo el traje típico de los senadores italianos del siglo XV, que conversan animadamente y en varias actitudes, y en último término discurren por la plaza muchas gentes entregadas á varios juegos, mientras de ellas un grupo considerable, en el que se ven hombres armados, escuchan la palabra de un Apóstol predicador. La riqueza de suyo se ve, y clásica del fondo, en el cual se elevan en la campaña abierta edificios del mejor gusto que recuerdan los monumentos romanos; la ordenación y naturalidad de cada una de las episódicas figuras, que parece que están hablando, dan alta idea de ser un perspectivista consumado y un paisista de primer orden Prieto Banucci el *Perujino*.

Todos estos cuadros que adornan nuestras iglesias y atesoran nuestros Museos, á pesar del tiempo pasado, dicen cuánto duran las energías sugeridas á los pintores cristianos por el Evangelio y las doctrinas de Jesucristo; doctrinas y tradiciones suscitadas por la Divina Providencia, Dios revelador, infalible, de la vida del hombre y motor inmóvil de todo progreso.

R. MÉNDEZ GAITE

Presbítero



EXPOSICIÓN DE BELLAS ARTES
EPÍLOGO SENTIMENTAL

Como se llamaba el pintor? ¿Cuál era su cuadro? No lo sabemos. Ambos pasaron inadvertidos é ignorados. Entre las páginas del catálogo no despertaba ningún eco de gloria el primero; colgado demasiado alto, en una sala sin luz y sin atractivos de ajenas firmas, esperó inútilmente el segundo una mirada compasiva...

El pintor provinciano vuelve á la calma señora y dulce de su pueblo. Una infinita amargura le sombrea de melancolía el alma. Va lleno el vagón de tercera de hombres zafios, de mujeres groseras que ríen y cantan y beben de las botas repletas de vino. El pintor se siente más vencido, más aislado que nunca, más solo en su desamparo. Gracias que pudo sentarse junto á una ventanilla, y que apenas el tren salga de la sofocante penumbra de la estación vendrá el sol á acariciarle la frente y le desfilarán ante los ojos los áridos campos de la austera Castilla: tan áridos, tan yermos, igual que el espíritu que vino á la ciudad frondoso y ubérrimo como un paisaje del Norte, todo exuberancia y ensueño

Poco á poco, en una amarguísima tortura va el mozo pintor evocando la historia de su fracaso. ¡Qué lejos parecen aquellos días iluminados de esperanza en que se concibiera el cuadro y en que lo realizaría febril y entusiasmado!

Iba extendiendo el color, acusando la figura, robando la luz, con esa iluminada alegría donde bullen las vanidades futuras. Su novia le servía de modelo. Mientras él trabajaba y ella se esforzaba en permanecer inmóvil, el porvenir cantaba en sus almas un triunfal preludio. Ella encontraba, en su ingenuidad pueblerina, algo extraño el cuadro; se desconocía incluso en la figura que el arte, un poco torpe aún y ya rebelde, de su novio iba pintando como un símbolo de juventud y de amor. Pero no lo decía.

—¿Te gusta? — preguntaba él.

—Mucho, muchísimo. Tú verás como acertamos tu madre y yo. Te darán una primera medalla.

El protestaba débilmente, ruborizado el rostro, mas encendido el corazón, de la quimera posible. Luego, por las noches, seguían hablando del cuadro, porque hablando de él hablaban de su amor sin nombrarle. Eran las noches suaves, tranquilas de la primavera ya próxima...

Después de la novia y de la madre llegaron los otros entusiasmos de los amigos, de los personajes principales del pueblo, del viejo maestro de dibujo, que lloró emocionado. El alcalde prometió una pensión si el cuadro obtenía una medalla.

Al fin el pintor vino á Madrid con su obra. Como los poetas de cuento romántico traen un baúl lleno de versos inéditos, él llevaba por todo equipaje el cuadro cuidadosamente embalado en un cajón. Para el viaje hubo de empeñar su madre unas tierras de escaso producto. «¡No importa, madrecita! Centuplicado te devolveré ese dinero», pensaba el mozo.

Y al besar á la novia le dijo al oído: «Triunfaré, porque será el triunfo de tu belleza y de mi cariño».

Madrid le recibió indiferente, con anticipos de hostilidad. Hubo de acomodarse en una fementida casa de huéspedes de la calle Tudescos. Volvía de sus caminatas avergonzado del chambergo negro, de la melena rebelde, de la corbata flotante, de la pipa enorme que él imaginaba lle-

varían todos los artistas madrileños, y que, por el contrario, producían sonrisas de lástima y de burla.

Alguien le avisó que su cuadro estaba rechazado. Fué el primer golpe y le hirió muy hondo. Ya la primera medalla no sería tan fácil de conseguir... Dentro de su espíritu luchó el orgullo entre la derrota inmediata y la inmediata humillación, que podría sonar á victoria después...

Optó por lo último. Visitó al diputado por su pueblo. Intercedió el diputado, y el cuadro fué admitido.

Admitido y mal colgado. ¡Con qué profunda tristeza, con qué dolorosa desilusión lloró la noche del barnizado, en el lecho misérrimo del hostal!

Bruscamente se le derrumbaron todas las esperanzas. Aun el orgullo, tan inflamado de juventud, le sintió palidecer y temblar y enfriarse dentro de sí...

Las cartas de la novia eran inconscientes saetas de ironía. «Dime qué impresión ha causado

Aún le faltaba más acedos desencantos. En la lista de recompensas no figuró su nombre; en las reseñas de los periódicos, tampoco. Nadie, ni el más insignificante periodista del último de los periódicos, se ocupó de él.

Nadie sabía la tragedia horrible que encerraba aquel muchacho, cada vez más pálido, más flaco, con las pupilas brillantes de fiebre, que atravesaba las calles de Madrid con su chambergo negro, sus melenas románticas, su corbata flotante. ¿Y su pipa? Su pipa, no; le faltaba el dinero para comprar tabaco, para comprar periódicos, y con ellos una desilusión más...

La novia y la madre le escribían largas cartas de aliento y de consuelo. En ellas adivinaba lágrimas ocultas y frecuentes; presentía las burlas que habrían de sufrir, los comentarios desdeñosos que soportarían en silencio las dos mujeres.

Todavía quedaba el último desengaño. Y vino también. En el reparto de bolsas de viaje, de adquisiciones de cuadros, le olvidaron, como le olvidó el Jurado, como le olvidó la Prensa.



Paisaje guipuzcoano

tu cuadro. Seguramente estarán rabiosos de envidia los demás pintores.» «Estará colocado en la sala principal, ¿verdad?» «¿Has hecho ya la fotografía para el catálogo?» «No dejes de mandarnos los periódicos que hablen de ti.» «En cuanto sepas algo de las medallas, dímelo.»

¡Oh! ¡Si ella supiera!... Nadie le habló de su cuadro, nadie le vió, nadie le pidió fotografía para el catálogo. Y á él mismo le costó mucho tiempo encontrarle allá en el rincón más alto y más oscuro de la sala del crimen, colgado junto á otro lienzo agresivo de coloraciones chillonas, que lo anulaba y destruía por completo...

Sin embargo... ¿Quién sabe? Acaso alguno de los jurados tendría el alma florida de romanticismo y se fijara en el cuadro y lo defendiera. La mala colocación no indicaba más que la falta de influencia. El pintor veía otros muchos cuadros, que le parecían inferiores, colgados en las mejores salas, con marcos magníficos, bien distintos del suyo, que él mismo se había hecho y dorado con purpurina de infima clase... Pero también veía otros cuadros que le parecían mejores, que le avergonzaban, y ante los cuales flaqueaba la fe en su arte ingenuo y cándido, de igual modo que la pobre novia pueblerina, sonriéndole—á él, sólo á él—desde el cuadro en una inmóvil eternización de los días febriles y alegres, le parecía cursi y fea al compararla con las gentiles muchachas que el día de la inauguración llenaron las salas del palacete del Retiro...

Escribió pidiendo dinero á la madre para volver á su pueblo, y la madre no pudo enviárselo. El diputado le consiguió un billete de caridad, y el cuadro hubo de quedar en la casa de huéspedes para responder del pago de unos atrasos. Como la patrona no había ido á la Exposición, como no leía en los periódicos más que los crímenes, era la única persona que concedía algún valor al lienzo...

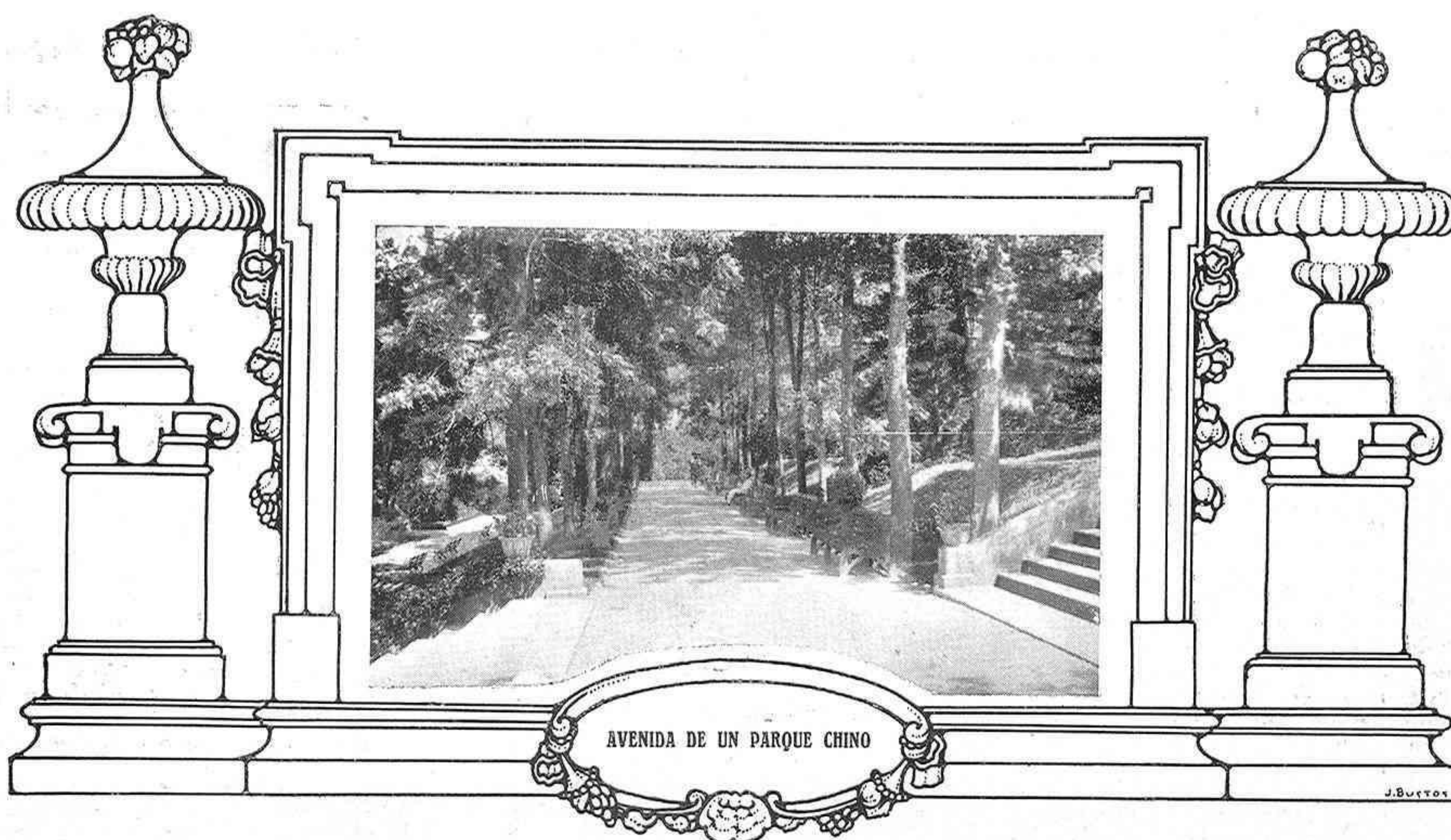
ooo

Pero ya en el pueblo, pasadas las vergüenzas de los primeros días, el pintor olvidó su derrota. ¡Bien lejos aquel mundo artificial de las Exposiciones, con sus Jurados venales, sus expositores acuciados de malas pasiones, su público de muchachas frívolas y burgueses cretinos! Más lejos aún los cuadros en que la Naturaleza aparecía empuñada y la Humanidad falseada.

Ante él se extendía el campo oreado de luz y florido de verano. Cada trozo de paisaje, cada faena agrícola, cada grupo de campesinos eran asuntos tentadores. Además, la novia, la novia más bonita que nunca, más enamorada que nunca...

Y el pintor empieza á pensar en el cuadro futuro, que será un éxito en 1917, que obtendrá una primera medalla, que reproducirán y elogiarán todos los periódicos, y que, sobre todo, no estará colgado muy alto en «la sala del crimen».

SILVIO LAGO



EL NOVELISTA MAS GRANDE

No ha mucho fuí á dar en cierta revista inglesa con una nota literaria que al pronto me llenó de estupor y luego me hizo cavilar bastante. La nota se refería á un novelista chino, maravilloso novelista en verdad. Yo no vacilo en reputarlo como el más grande novelista, aunque desconozco así su nombre como su obra. Bien puedo demostrar sin rubor mi ignorancia, porque, á ver, ¿quién sabe algo de la literatura china? El autor inglés tampoco conocía el nombre del ilustre chino, y buena prueba de ello es que no lo pone en su nota; y en cuanto á la obra, la conocía sólo de referencia. A estas horas sé yo de la obra del novelista chino tanto como el autor inglés. Verdaderamente, esto de los nombres y de conocer las obras directamente ¿qué importa? Se ha discutido largo tiempo si las obras homéricas, las *Iliada* y *Odisea*, son creación de un alda denominado Homero ó de un grupo de aldas innominados. Se ha discutido largo tiempo si las obras shakespereanas son del propio Shakespeare ó de lord Bacon. Pero el nombre ¿qué más da? Y en cuanto á la obra ¿qué necesidad hay de conocerla para hablar de ella? Si nadie hablase sino de aquello que conoce, el mundo parecería un cementerio. En el orden providente de las cosas creadas, ha sido dispuesto que el hombre careciese del don del conocimiento porque tuviese el don de la palabra. De lo que verdaderamente se conoce ¿para qué hablar? No es el silencio signo de ignorancia; es signo de sapiencia. Y la sapiencia infinita no cabe sino en los ámbitos, también infinitos, del silencio absoluto.

Cuando un hombre de excepción, aspirando al conocimiento, levanta la frente por encima de la muchedumbre de los demás hombres y lanza una voz interrogante al cielo, la voz se ahoga en el silencio inquebrantable. Pero volvamos al chino.

Hemos dicho que el más grande novelista. ¿Por el número de las obras ó por la calidad? Grande ha sido Balzac, por el número y calidad de sus obras, lo mismo que nuestro Galdós. De *Guerra y paz*, por Tolstoi, dijo el novelista inglés Bennet que era un monumento de mayores proporciones é importancia que la catedral de San Pedro, en Roma. Pero este chino los deja á todos en mantillas. Hablemos del chino, que ya es hora.

Este gran novelista chino empleó toda su vida en escribir una sola novela... que no llegó á empezar. En este punto, me figuró que el lector volverá varias veces sobre las últimas palabras, creyendo no haber leído bien. Si el tal chino no llegó á comenzar á escribir su novela ¿cómo es que se pasó la vida escribiéndola? Ved si era

extraordinario. Pero no adelantemos los acontecimientos.

El chino novelista á que nos referimos pertenecía á la casta de los caballeros; era mandarín y muy rico. A su muerte, los herederos publicaron la novela de su pariente, la cual alcanzó hasta ciento cincuenta tomos nada menos. Mejor dicho, no la publicaron que la imprimieron, haciendo de ella un ejemplar único que regalaron á la biblioteca particular del Emperador. Se dice que sólo la han leído tres bibliotecarios imperiales.

Como se supone, el plan ó concepción de tan vasta novela tiene que ser sobremedida complicada. Cuéntase que se le reveló al autor de pronto, con acabada clarividencia, á modo de visión, estando frente al mar, una noche de estío. Fué como si hubiera sentido dentro de sí el sentido misterioso y profuso del universo: el sentido latente de los mares, de las rocas, de los bosques, de los vientos, del firmamento, de los astros, y el sentido más latente y más secreto de la vida humana. Contaba el autor entonces diecinueve años. Así que la mente se le iluminó con aquella clarividencia universal, corrió á encerrarse en su cuarto de trabajo, que era un á modo de pabellón en medio de un gran parque. Tenía traza de kiosco y era de porcelana. Allí, con el rollo de papel de arroz sobre las rodillas y el pincelito mojado en tinta china temblándole en la diestra, estuvo un buen espacio, meditando, sin acertar con las columnas iniciales. Acaso no sea innecesario advertir que los chinos no escriben con pluma, sino que dibujan con pincel sus signos, ni trazan sus caracteres gráficos en líneas, como hacemos los occidentales, sino en columnas. Y así, indeciso y suspenso, pasó muchas noches en claro y no menos días en turbio, con el rollo de papel de arroz sobre las rodillas, con el seco pincelillo en la diestra, recluso entre porcelanas y lacas, mirando de vez en vez un paisaje de árboles en flor que tenían las raíces fuera de la tierra y una marina de peñadas ondas, como el flequillo de una frente femenina. Hasta que por fin... comenzó á escribir el final de su novela. Y, arrancando de aquel vértice extremo, siguió escribiendo hacia atrás, esto es, hacia el principio, día tras día, mes tras mes, año tras año. Murió de noventa y no había llegado al principio de su novela.

¿No se os alcanza la ejemplaridad de esta vida y la transcendencia de esta novela inconclusa, ó por mejor decir, incomenzada? ¿Será excesivo calificar esta novela como la mejor que se haya escrito? Y ¿de qué manera más sutil pudo haberse comprendido el novelista chino que había experimentado la revelación del sentido del uni-

verso y de la vida humana, sino comenzando la novela por el final y no llegando á comenzarla? Y si no, discurremos breves momentos sobre esta materia. Así la ciencia como el arte no tienen otro objeto que interpretar el sentido de la vida humana. Podréis imaginar á la ligera que el objeto del arte es interpretar la Naturaleza. Pero es un error fácilmente superable. No digamos ya de una obra literaria, cuyo valor evidentemente existe con relación al hombre, y nada más que al hombre. El *Quijote* ¿qué le dirá á un gato? Pues lo mismo con las demás artes, aun cuando en ellas la ecuación no sea tan evidente. Por ejemplo, una pintura. ¿Cómo puede tener el mismo valor para un hombre que para un animal; para una rana, que tiene los ojos oblicuos; para una mosca, que tiene millones de pupilas, por dos que tiene el hombre, cuando no es ciego ó tonto? Sí; el hombre ante la Naturaleza está como un intérprete. Luego lo que ante sí tiene es una obra para interpretar, es lo más externo de la obra de la creación, la superficie, el final. Y por fuerza para interpretarla, para hablar su sentido, que para el hombre es el sentido mismo de su vida, ha de arrancar de lo último y caminar hacia atrás, inquiriendo y desarrollando las causas de lo que todo en torno se le ofrece como universo y prisión, y luego las causas de aquellas causas, y así sucesivamente hacia el principio, que es la causa final de todas las causas y al mismo tiempo es la libertad. Porque el comprender es libertarse. ¿Qué es la historia de la Humanidad sino una gran novela, de muchos volúmenes, que hace siglos comenzó por el fin, y continúa, con entregas penosas, esforzándose por hallar el principio y con él la libertad? Triste paradoja la del hombre que no puede comenzar una cosa si no es partiendo del fin, y raras veces da con el principio. Y así es en todo. Os enamoráis; habéis conocido el amor, mejor dicho, os habéis figurado conocerlo, porque se os presenta en su plenitud y último acabamiento, en su forma definitiva. Ahora, una de dos. Si seguís enamorados es que no habéis conseguido descubrir su recóndita manera de obrar, sus raíces y su primer principio. Si los habéis descubierto y comprendido es que ya no amáis, habéis perdido el amor, lo habéis dominado; porque comprender es adueñarse. ¿Y quién nos había de sugerir estos graves problemas y sabrosas contradicciones sino un chino, un habitante de aquel Imperio, el más ilustre de la tierra, que dos mil años antes de Jesucristo había alcanzado una civilización material tan perfecta como esta que ahora nos enorgullece á los hombres de occidente?

RAMÓN PÉREZ DE AYALA

LA ESFERA

ARTE ANTIGUO



BOCETO PARA UN CUADRO

Original de Tiepolo, propiedad del ilustre artista D. Antonio Muñoz Degrain

EL P. LUIS COLOMA

(BIOGRAFÍA Y CARACTERÍSTICA)



Tula Avellaneda
Célebre poetisa á quien Coloma dedicó su primera novela



C. Böhl de Faber
Conocida en el mundo de las Letras por Fernán Caballero

El célebre literato jesuita que acaba de morir era hijo de un médico de Jerez de la Frontera y había nacido en esta ciudad el 9 de Enero de 1851. Como ocurre muchas veces con los hombres eminentes, había heredado de su padre el espíritu de observación, el sentido de la experiencia cuyos malos aspectos son el exclusivismo y la arrogancia, pero sin cuyo auxilio no se puede dar un solo paso en literatura.

A partir de 1865 Luis Coloma estudió en San Fernando, en la Escuela Naval Preparatoria, que abandonó para cursar Derecho en la Universidad de Sevilla. Allí desplegó una actividad enérgica y brillante, y empezó á desarrollar sus aficiones literarias mientras cultivaba los estudios jurídicos. El ambiente de Sevilla era entonces propicio para la vocación de literato. Todo iba allí cabeza arriba, á troche y moche: historia y novela, krausismo y poesía. Todo andaba revuelto: controversias sobre arte romántico y vida de galanteo y de salón. En aquella época el entusiasmo por la sociabilidad mundana y por el lirismo era el más fuerte en Coloma, y así lo demuestra su primera obra, á que dió por título *Solaces de un estudiante*. Esta obra se resiente de superficialidad sentimental, y no habría labrado á Coloma, si por otros conceptos no la hubiera posteriormente adquirido, alta ejecutoria en las esferas del arte y de la literatura.

En los círculos literarios y aristocráticos de la capital andaluza trabó amistad Coloma con dos mujeres de talento: la célebre poetisa cubana Gertrudis Gómez de Avellaneda y la distinguida dama Cecilia Böhl de Faber, en el mundo de las letras el ilustre novelista y costumbrista Fernán Caballero. A Tula dedicó Coloma alguna de sus primeras producciones, pero no parece haber ejercido sobre él gran influencia literaria. Ni podía ser de otro modo. Coloma entonces escribía con un sentimentalismo rayano en cursilería, y Tula escribía con un classicismo rayano en virilidad, que hizo exclamar á uno de sus amigos: «Es mucho hombre esta mujer.» La misma Fernán Caballero, tan femenil, tan afectiva, tan delicada, decía entonces de Coloma: «Este chico, cuando escribe, parece la mujer, y yo parezco el hombre.» Pero, en definitiva, Fernán Caballero fué quien ejerció sobre Coloma honda y positiva influencia literaria. Gracias á ella aprendió Coloma á buscar orientaciones luminosas en la órbita de la novela experimental, observando á su alrededor la vida real de todos los días; estudiando á los niños y á las mujeres, al pueblo y á la aristocracia; apuntando, comentando, reflexionando sobre los hechos y las costumbres, para que le diesen la clave de muchos aspectos poéticos realistas y la más segura norma de su polarización estética.

Terminada su carrera, se inscribió Coloma en el Colegio de Abogados de Madrid, y residió en la corte, pero sin ejercer, excepto un año que estuvo de pasante. Muy pronto sintió gran interés por la política y cobró suma afición á los trabajos de propaganda alfonsina que á la Restauración precedieron. Colaboró á la vez en *El Porvenir*, de Jerez, y en *El Tiempo*, de Madrid. Algunos de los artículos que en estos periódicos publicó indican una tendencia categóricamente restauradora. El entusiasmo constante que experimentaba hacia el alfonsismo le atrajo la persecución de las autoridades, que llegaron á allanar su domicilio (un episodio de la misma clase se halla relatado en *Pequeñeces*) en busca de documentación comprometedoras; pero el astuto abogado se dió tales trazas que la pesquisa resultó infructuosa y lo más grave de sus papeles, el nudo de la maraña á sorprender, fué hábilmente salvado de las pesquisas judiciales.

Después de todo, la filiación de *Pequeñeces* en su aspecto realista no fué sino consecuencia, más bien que de resabios antiameadistas, de nostalgias

de puro arrepentimiento que reconoce la propia equivocación; y así abominó de la democracia por horror á la vulgaridad de la plebe y á los desórdenes revolucionarios, y rechazó después con el mismo ahinco la Monarquía constitucional, que juzgó, y en ello hubo de equivocarse, poco íntegra en el orden católico. La Paradoja, tratando el asunto en una semblanza de Coloma publicada á raíz de la aparición de *Pequeñeces*, apuntaba: «El ex restaurador, escribiendo la sátira de la Restauración desde el claustro adonde se retiró cuando todo le sonreía, es un arrepentido que hace pública penitencia, confiesa su yerro y lamenta á la faz del mundo la decepción de un espíritu ardiente y religioso que aspiraba á no restaurar solamente una rama de la dinastía borbónica, sino creencias é ideas que juzgara inseparables de la causa alfonsina». Pero este aspecto de la vida de Coloma interesa poco para lo que de él importa consignar.

La causa de la vocación religiosa de Coloma



LUIS COLOMA
Antes de su ingreso en la Compañía de Jesús

ha quedado envuelta en el misterio. Una bala de revólver le hirió en el pecho de tanta gravedad que los facultativos sólo le dieron tres horas de vida. La versión más probable y honrosa es que hallándose un día en su habitación limpiando un revólver, se le disparó casualmente el arma. Sea como quiera, tuvo la dicha de recobrar la salud, y al abandonar el lecho se dirigió al noviciado que los jesuitas españoles, desterrados entonces de la península, habían establecido en Poyanne, donde fué recibido el 30 de Octubre de 1874, quedando de golpe convertidas las febriles petulancias del conspirador (¡cuánto me duele designar con este nombre, aunque sea fugazmente, á mi biografiado!) en todas las graves austeridades del sacerdote y espirituales pulcritudes del jesuita.

Así transcurrieron diez años de recogimiento moral para aquel neófito de la literatura, al cabo de los cuales, y cumplidos los treinta y tres de su vida, reapareció en el mundo literario (1884) con

un cuento titulado *El primer baile*. Después dió á luz cuadros de costumbres, ensayos de novela, novelas cortas é historias novelescas, entre las que sobresalen *Por un piojo*, *Juan Miseria*, *Del natural*, *Cuentos para niños*, *Lecturas recreativas*, *Nuevas lecturas*, *Boy*, *Retratos de anafes*, *La reina mártir*, *El salón azul*, *Leronia* y *Fray Francisco*. Pero su obra capital es la que editó en 1891 con el título de *Pequeñeces*... y cuyo título primitivo (mutilado sin duda por la censura de la Compañía) era el más adecuado de *Pequeñeces del gran mundo*.

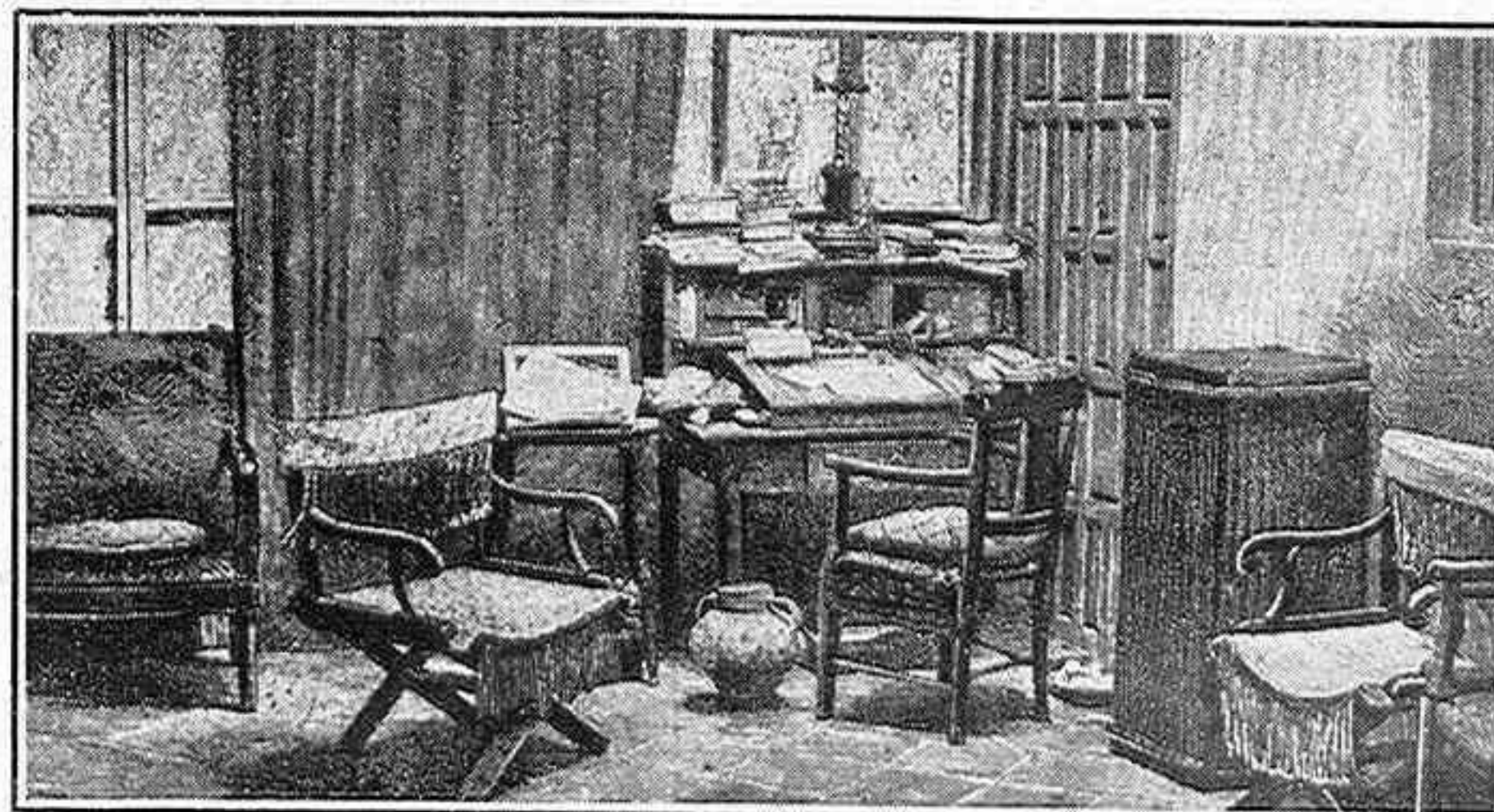
Este libro me atrevo á decir que es el mejor de cuantos sobre la vida de la aristocracia se han escrito en lengua castellana. No puedo concebir que un hombre tan docto y equilibrado como Altamira haya podido escribir en su obra *Psicología y literatura*: «Sería raro que la historia de la novela española bajo la Restauración no registrara algún escándalo de los que tan fácilmente se originan como se deshacen en nuestro público. Lo hubo, pues, y fué su origen la novela *Pequeñeces*, del P. Coloma. Como siempre ocurre, el ruido fué mayor que las nueces. Como obra de arte no merece la novela en cuestión el éxito que hubo de alcanzar, aunque no es peor que otras muy aplaudidas y aun premiadas por la Academia Española; y seguramente si *Pequeñeces* no contuviera ciertas crudezas referentes á la aristocracia y no la hubiese escrito un jesuita, muy pocos hubieran reparado en ella. Buena demostración de ello es *La espuma*, de Palacio Valdés, superior en más de un respecto á *Pequeñeces*».

¿En qué respecto es superior el libro de Palacio Valdés al del P. Coloma? *La espuma* está hecha con un absoluto desconocimiento del carácter y costumbres de nuestra aristocracia. *Pequeñeces* muestra en su autor soberana aptitud para describir desde dentro la vida elegante, á fuer de persona familiarizada con ella (¡como que hay quien supone la novela compuesta sobre unas memorias manuscritas de la duquesa de Nájera!), *La espuma* está escrita en un estilo incorrecto, que toca á veces en lo chabacano é indica el grosero cinismo del intruso. *Pequeñeces* está escrita en un estilo brillante, que revela una naturalidad exquisita, un aplomo de buen género. *La espuma*, á pesar del humorismo de que pretende hacer gala su autor, ni una sola vez logra hacer reír, menos aún llorar. *Pequeñeces* descubre en todos sus episodios rica vena satírica, maestría en el diálogo y en la exposición, y cuando las circunstancias lo requieren alcanza la magnificencia de lo trágico. Así lo reconoció Valera, oculto tras el antifaz de seda de *Currita Albornoz*.

Pase que *Clarín* (quien, por lo demás, siempre habló con respeto de *Pequeñeces*) no quisiese colocar al P. Coloma en la lista de los novelistas de primer orden, y aun que censurase en su prosa asonancias, cacofonías y repeticiones de palabras en oraciones próximas.

Pero que todo un Altamira, tan comedido, tan imparcial, tan discreto, y hablando á tanta distancia crítica del escándalo, incurra en vulgaridad y apasionamiento, parece difícil de explicar.

Si las obras del P. Coloma han sido traducidas á todos los idiomas, es porque *Pequeñeces*, en su celebridad y en su esplendor, traspuso las fronteras con la celeridad de un relámpago. Por aquel entonces Valera declaró, estupefacto, que en toda su vida había visto éxito tan extraordinario alcanzado por un libro español. Por aquel entonces «no haber leído á *Pequeñeces* era como salir á la calle sin sombrero». Y, sin embargo, el P. Coloma no fué académico de la Española hasta Diciembre de 1908. Esta preterición la considero como una de las mayores injusticias literarias que en España se hayan cometido.



Estudio de Fernán Caballero, donde Coloma recibió las primeras enseñanzas literarias

EDMUNDO GONZÁLEZ BLANCO

LA SITUACIÓN DE EGIPTO

EL Egipto, la tierra milenaria y sagrada que dió su resplandor más fulgurante á toda la clara y armoniosa espiritualidad griega, y después de haber resistido con tenaz y bizarra potencia las invasiones de todos los Imperios del mundo, torna hoy, por misterios del azar, á ser una actualidad viva y palpitante, y otra vez está á punto de ser arrasada por violentas determinantes de esta guerra gigantesca y regresiva.

País de maravillas fué llamada la vieja y gloriosa tierra de Misraim, y país de las maravillas continúa siendo con su paisaje único, hecho de encantos y de fascinaciones, con su cielo de turquesa y con su Nilo del color mago de las más puras esmeraldas, con su misterio impenetrable, con sus cien civilizaciones lejanas y brillantes, con su prestigio antiguo y hechizado, que revive intacto y preclaro sobre la arena de oro en que nació como una flor ambigua, cruel y preciosa aquella diabólica Cleopatra, que dijo al guerrero romano: «Yo ofrezco á tus besos mis más azules venas.»

Extinguida la pompa insigne de Memfis y de Tebas, y sepultados con sus máscaras de oro y sus amuletos de turquesa los Faraones, bajo las moles titánicas de las pirámides ó bajo los arenales calcinados del desierto, el Egipto fué penetrado hasta en su más oculta entraña por el Islám, y la espiritualidad aristocrática, la sabia y suave dulzura, la noble gentileza, la exquisita y misteriosa elegancia de los hijos del Profeta absorbió íntegramente el alma egipcia, creando y afirmando una modalidad, un carácter, hoy por hoy indestructible.

Ciertamente, la influencia inglesa, excelentemente orientada y mantenida, ha mejorado grandemente la productividad agraria del país, ha normalizado y dado formas regulares á una organización administrativa, ha europeizado mucha parte de la Alejandría ptolemaica y algo del extraño y siempre interesante Cairo; pero esta acción pudiéramos decir que ha sido meramente epidérmica y accidental, y que no ha logrado transformar la constitución secularizada del viejo Egipto.

El *fellah*, puro descendiente del primitivo egipcio, continúa labrando sus campos fecundados por el Nilo y haciendo sus oraciones con la misma inmutable y serena inmovilidad que en los tiempos heroicos del gran Ramsés; los acerbos y aguileños árabes del de-

sierto permanecen en el mismo libre nomadismo que en las épocas anteriores al nacimiento del Profeta; los árabes de las ciudades, en el silencio, en el recogimiento y en el fausto, cultivan su espíritu y estudian la mágica floresta de la literatura oriental, y aunque las formas de gobierno sean turcas, la tradición islámica se ha sostenido con el mismo fervor que en el siglo del legendario Omar, y el Egipto ha conservado su alma religiosamente cerrada á toda absorbente influencia extraña.

Por añadidura, la espléndida mezquita y Universidad de El-Azhar, ilustre sede de la sabiduría islámica y fecundo vivero en el que legiones de doctos musulmanes mantienen siempre llameante el culto del *Nabbi*, prepara con incansante y cálida actividad á todos esos

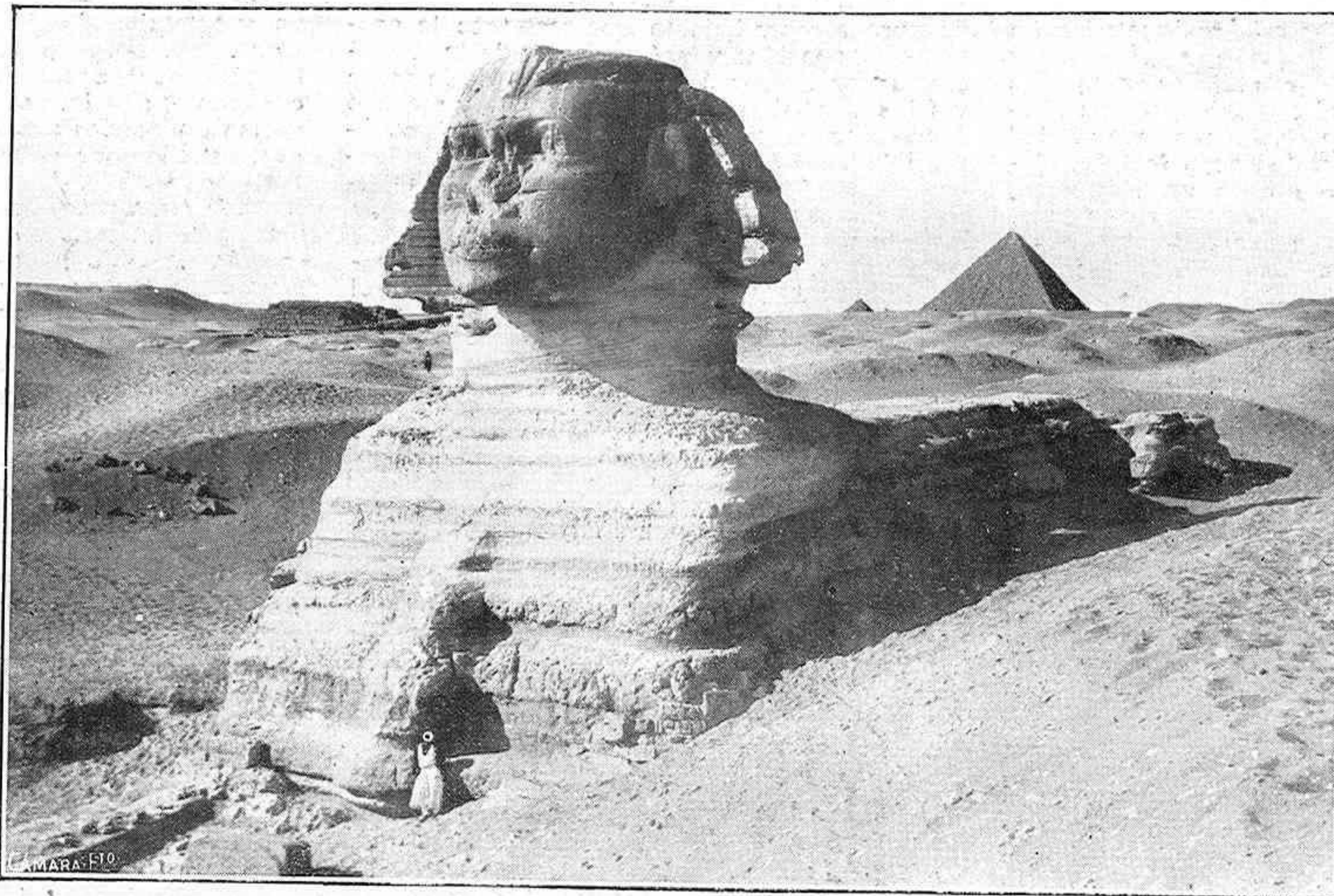
abnegados misioneros, que con ardiente ó más bien fanático impulso predicán la cruzada del Islám en el mismo Egipto, en Persia, en el Mogreb, en Turquía, en la India, en las más remotas y desconocidas regiones del Oriente.

Hoy Turquía concentra, juntamente con sus propios elementos, numerosísimos elementos siríacos, para iniciar en sazón oportuna una invasión del Egipto.

Ardua y difícilísima es la empresa, contando con los enormes medios de defensa de que dispone Inglaterra; pero si se tiene presente que la población egipcia es eminente y ardorosamente musulmana, y que quizá se sume en un futuro más ó menos próximo al movimiento otomano, entonces no aparecerá tan quimérica ni descabellada la iniciativa turca.

Actualmente, lo mismo que en pasados tiempos, el Islám es y ha sido inadaptable. Podrán ejercerse dominaciones transitorias en los países de religiosidad musulmana, pero pensar en asimilarse al alma de las razas arabizadas no pasa de obscuro é inaccesible sueño político.

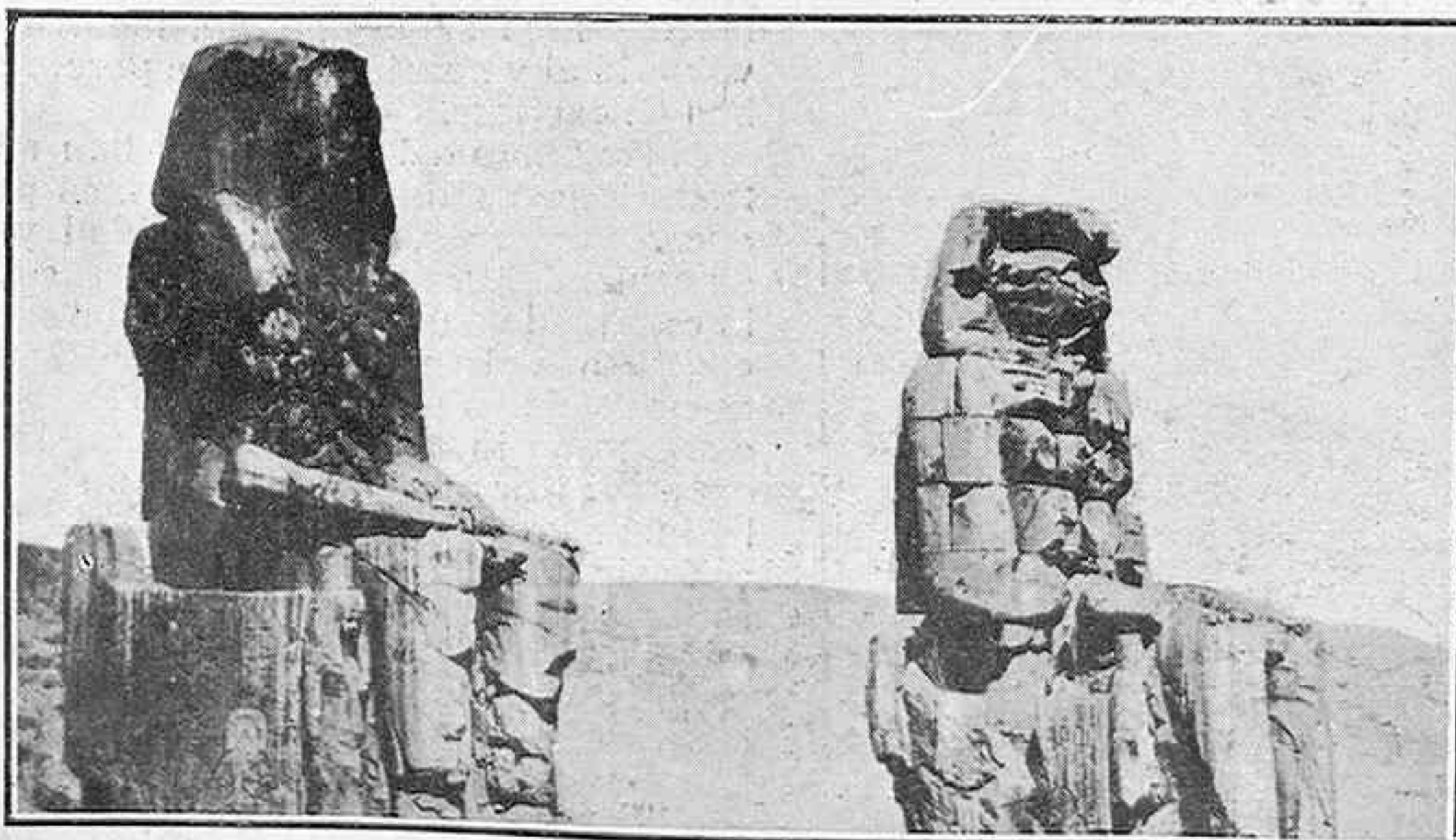
Aún se conserva entre el polvo de cien siglos el Egipto de Tebas y del Cairo, de dos de las más soberbias civilizaciones. ¿Destruirá esta guerra, que nos hace retroceder á las primeras y rudimentarias formas humanas, esa preciosa, esa sagrada reliquia histórica, que han respetado tantas invasiones y tantos pueblos heterogéneos?



Esfinge y pirámide



El famoso obelisco de Heliópolis



Los colosos de Memnón



Mezquita de Osmán

ISAAC MUÑOZ

LA ESFERA
CUADROS ESPAÑOLES



EL DUQUE DE ALBA

Retrato pintado por Antonio Moro, que figura en el Museo de la Hispanic Society of America

LOS DARDANELOS EN LA HISTORIA

La orilla asiática de los Dardanelos en su extremo sudoeste, es en cierto sentido superior en fama a cualquiera otra región histórica de las muchas que bordean los estrechos.

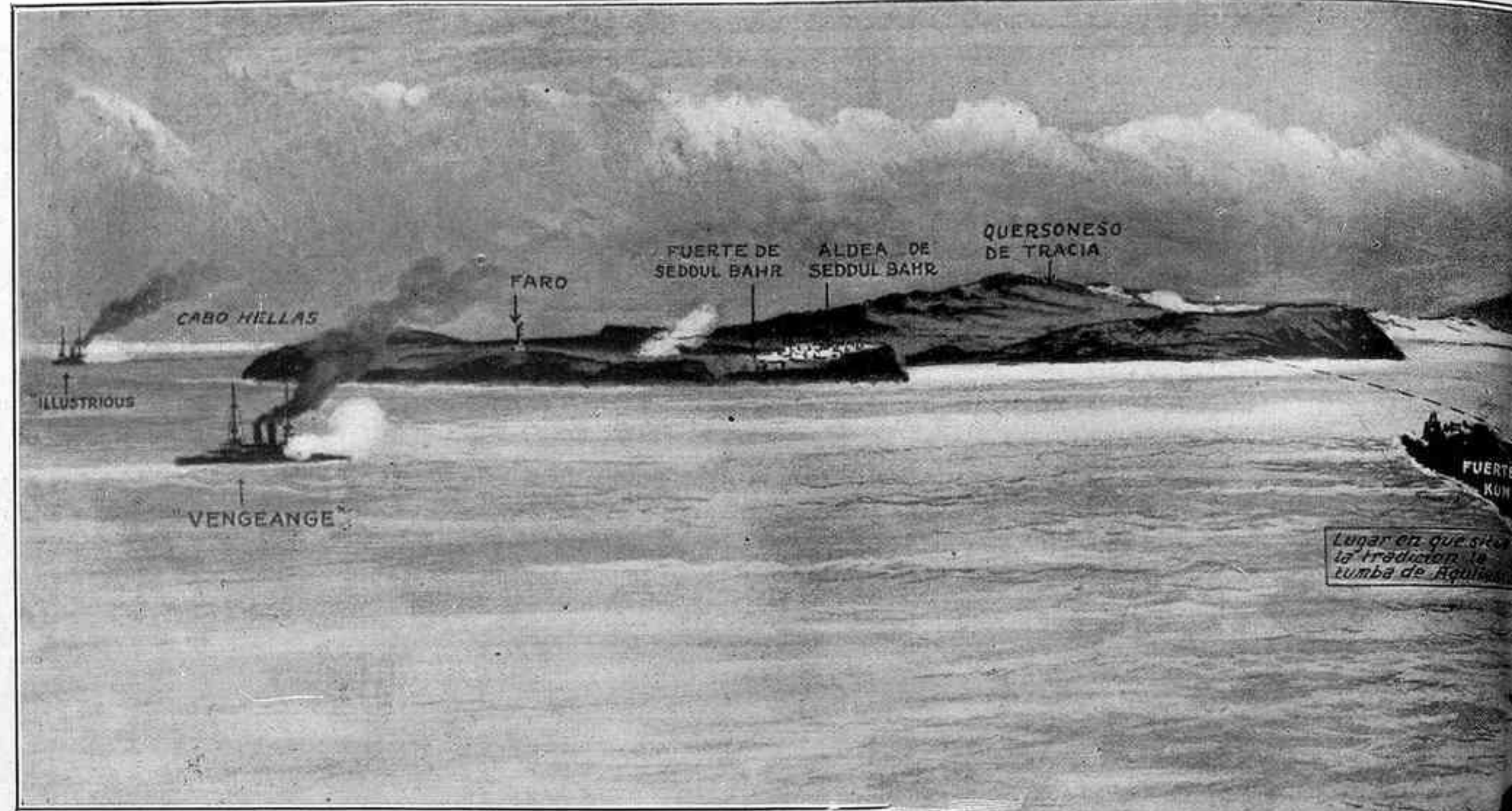
Merced al genio de Homero, de la guerra de Troya y la cólera de Aquiles, saben gentes y pueblos que jamás tuvieron la menor noticia de Lisandro, Alcibíades y Mirídates. El estrecho perpetúa el nombre de Dárdano, supuesto poblador de la sacra Ilium, y si fué o no Príamo personaje histórico, parece estar averiguado que en la llanura del río Escamandro estuvo la ciudad llamada Ilión o Troya, destruida por el amor de una mujer.

En la orilla sudoeste de los Dardanelos, una llanura de aluvión fué gradualmente formándose por efecto de los acarrees arenosos de los ríos Escamandro y Simois. Este último se interna independiente en los Dardanelos, aunque en edades históricas remotas hubo de ser afluente del Escamandro. En la horquilla de las dos corrientes, sobre la colina ahora denominada Hisarlik, hombres prehistóricos elevaron, allá entre las tinieblas de la Edad de Piedra, hace 5.000 años, rudos cobijos circundados por espesa muralla de adobes, que luego, en la Edad del Bronce, sirvieron de núcleo a otra más poderosa ciudadela, cuyas murallas eran ya de piedra y ladrillo, a juzgar por los cimientos hallados en 1873 por el sabio Schlieman, y que él diputó ser los de la Troya homérica, inducido, sin duda, a tal hipótesis por el descubrimiento *in situ* de gran cantidad de objetos de oro.

Esta colonia debió durar largos años, pareciendo demostrarlo así las frecuentes reconstrucciones de que ofrecen vestigios dichas ruinas, en particular las aún visibles en la colina de Hisarlik, que en opinión de los arqueólogos deben ser consideradas más bien restos de ciudadelas o de reales fortalezas que de ciudad propiamente dicha, cuyo emplazamiento probable serían las vertientes de la colina, fuera de las murallas.

El hallazgo entre las ruinas de un hacha de jade blanco, hizo pensar a los exploradores en la posibilidad de que ya existiesen en tan lejanos tiempos relaciones mercantiles del Occidente y China. Mas recordando a este propósito que el jade aparece en los Alpes, quizá fuera prudente esperar el resultado de nuevas excavaciones en aquellos lugares del Asia Menor, pobladísimos en remotas edades y hoy yermos y solitarios.

La ciudad o ciudadela construída en la colina hogafío llamada de



Buques de guerra ingleses bombardeando los fuertes turcos situados en la entrada de los Dardanelos

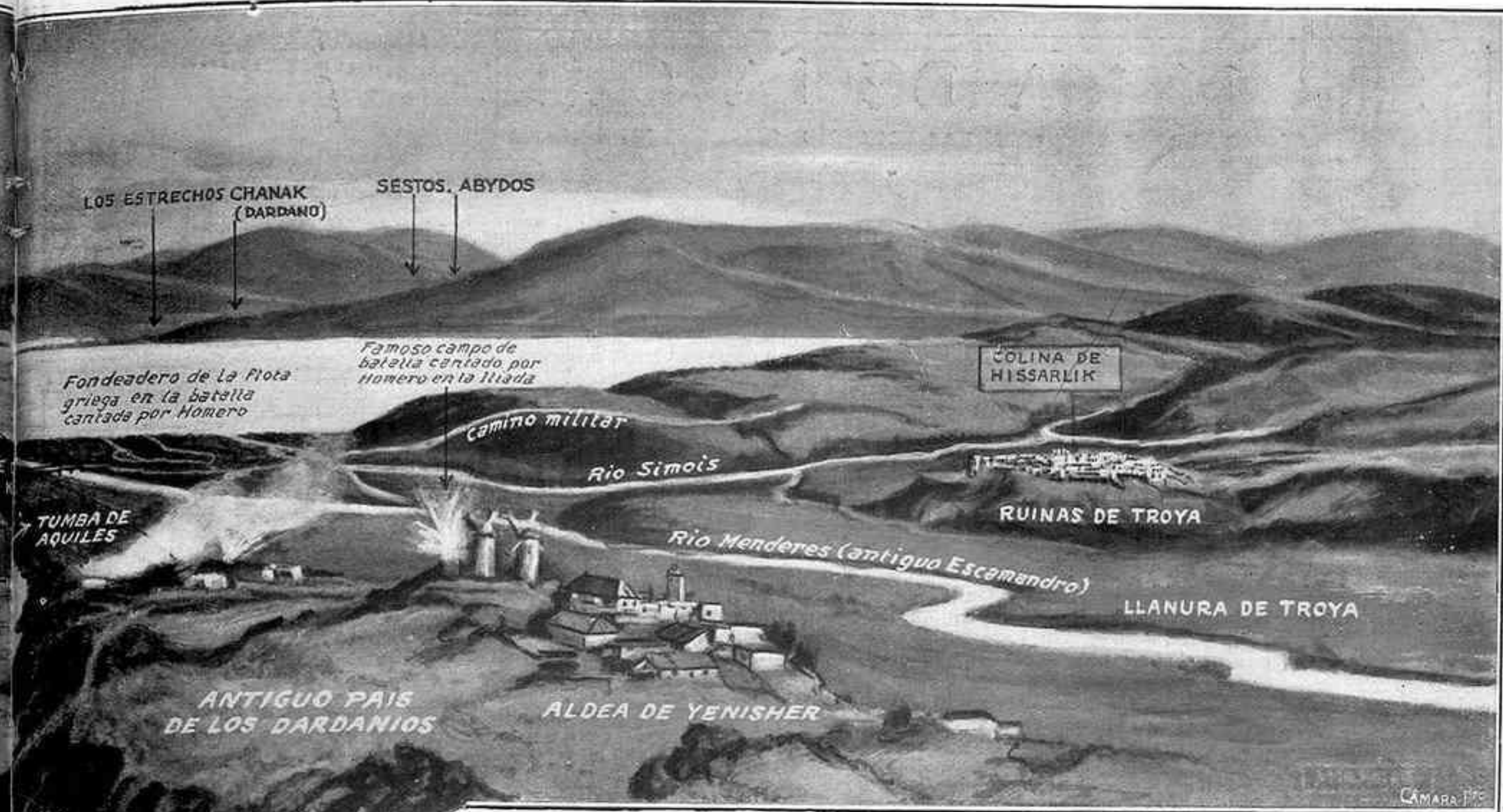


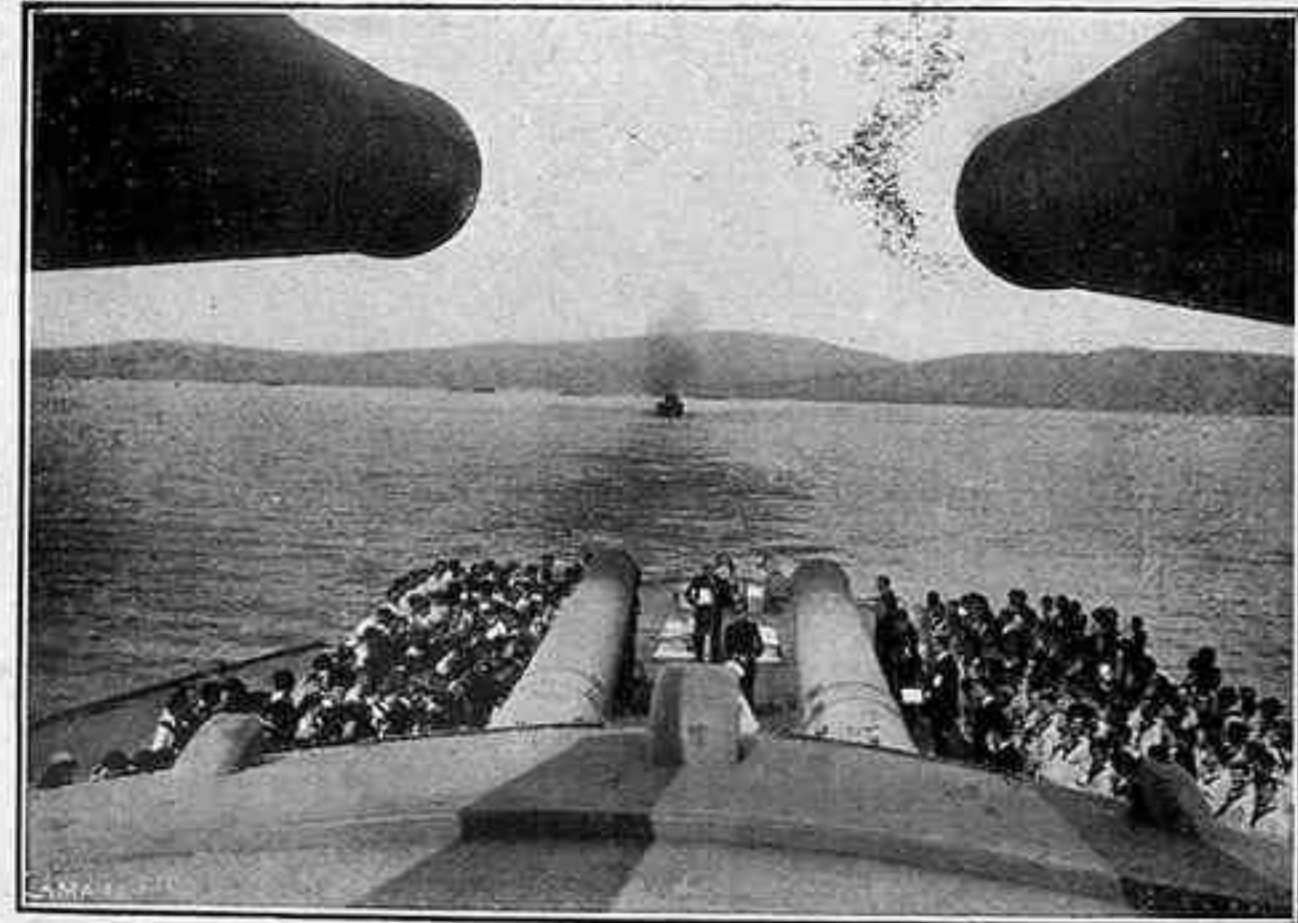
Gráfico de los principales lugares históricos, en la orilla asiática de los Dardanelos, en donde se combate actualmente

tiana como la de edificación de una gran ciudadela sobre las ruinas de anteriores construcciones, y que ese recinto amurallado sea el que alcanzó celebridad imperecedera. Las excavaciones muestran vestigios de dos cinturas fortificadas, la exterior en extremo robusta, y otra interior que circundaba la ciudad, dispuesta en anfiteatro hasta alcanzar la cima de la colina, y a la que daban acceso cuatro puertas, hallándose la principal al sudoeste. Una torre atalaya flanqueaba este ingreso. En general, tanto una como otra muralla, de sólida mampostería, evidencian un arte de la construcción más adelantado que el de Micenas y Tirinto.

Si Troya fué o no un verdadero centro de cultura, es punto que aparece aún bastante oscuro. Lo único averiguado hasta ahora es que importaba cerámica fina y otras manufacturas de Creta, presentando en las diversas manifestaciones de su vida sensible atraso con relación a Knossos y las ciudades hermanas. Probablemente Troya no fué sino una gran plaza de guerra, en la que se centralizaba el poderío militar de aquel pueblo, más bien que un foco de luz intelectual. Su mismo emplazamiento explica la hipótesis en favor de su finalidad marcial, siendo verosímil que constituyera la vanguardia, la plaza fuerte avanzada de anatolios, hititas, frigios y otros pueblos contra la expansión helénica.

Aunque las fechas clásicas han de ser aceptadas con grandes reservas, puede admitirse, fundándola en datos históricos serios, la fecha de mil ciento ochenta y cuatro años antes de la Era Cristiana como la de su rendición en manos de los griegos, llegados probablemente más bien de Tesalia que de Hélade.

A. READER



Emocionante momento de celebrarse á bordo de uno de los grandes acorazados ingleses, que operan en los Dardanelos, el servicio religioso del amanecer, antes de comenzar el bombardeo de los fuertes turcos. En primer término destacan las bocas de los monstruosos cañones de 40 centímetros



Desembarco de las tropas australianas, cooperadoras á la acción de los aliados en los Dardanelos, al pie del monte Coja Chemen, protegidos por los buques ingleses



La famosa fortaleza turca de Seddul Bahr, en la boca de los Dardanelos, después del bombardeo de la escuadra anglofrancesa, que logró en dos horas la completa destrucción del magnífico baluarte, uno de los mejor artilledados entre los numerosos emplazados por los otomanos en el famoso estrecho



SOR MARIA DE LA CRUZ

(HISTORIA QUE PARECE CUENTO)



Por los claustros del convento resbalaron graves, lentas, sonoras las últimas notas del órgano, que fueron apagándose hasta extinguirse como un murmullo sollozante. Después todo quedó en silencio. Parecía que aquel enorme edificio cuadrangular, cercado por altos tapias que dejaban asomar los brazos retorcidos y nudosos de una parra mustiada, se hallaba sin moradores. La paz augusta, el sosiego solemne reinaban en la santa casa.

Monjas, novicias y educandas habíanse recogido en sus celdas para la meditación. Solamente allá en la iglesia conventual, frente a la capilla de la Virgen del Carmen, ofase de tarde en tarde repercutir la tosecilla seca de una monja que, arrodillada, musitaba oraciones con fervor edificante. Era Sor María de la Cruz, no podía ser otra; la más atenta y la más exacta cumplidora de sus deberes religiosos en aquella comunidad. Desde que profesó, su vida ejemplar servía siempre de modelo para las demás compañeras del convento. La madre superiora, cuando tenía que reprender a alguna novicia, hacía lo comparando la travesura inocente de la inquieta chiquilla con la humildad, mansedumbre, celo y beatitud de Sor María de la Cruz. Todas la idolatraban; las colegialas no podían pasar sin que Sor María fuera un rato con ellas a jugar en el jardín al corro, entonando tiernas canciones infantiles de alabanza a los santos y a la Virgen, que coreaban a grito pelado las mozelas, mientras las monjas, rodeando a la priora, presenciaban desde las galerías, apoyadas en los barandales de hierro, este rato de esparcimiento. Cuando alguna religiosa caía enferma, Sor María de la Cruz no se apartaba de su lado, desviviéndose en cuidarla y atenderla. En las prácticas religiosas mostraba un fervor tan exagerado, que más de una vez tuvieron que llamarle la atención las otras compañeras, pues ensangrentábase el cuerpo con los cilicios y mortificaciones continuas.

Sor María de la Cruz era una santa; andando el tiempo sería canonizada, no les cabía la menor duda a todas aquellas esclavas del Señor, que se sentían sin fuerzas para igualar siquiera la ejemplaridad de Sor María...

¿Y por qué ese fervor de Sor María? ¿Quién era? ¿Qué hizo en el mundo antes de encerrarse en el convento? Estas preguntas se hacían las novicias sin que nadie pudiera contestarlas.

El pasado de Sor María de la Cruz era un misterio para todas ellas, y, sin embargo, en sus cabecitas immaculadas anidaban malos pensamientos cuando se referían a la vida mundana de la severa enclaustrada...

No iban descaminadas las bellas educandas. Sor María de la Cruz, que ahora, contrita, oraba humildemente ante los altares, había sido una gran pecadora. La historia de su vida está llena de extraordinarias aventuras. Era hija de unos duques inmensamente ricos. Quedó huérfana siendo muy niña, y al mismo tiempo que los millones heredó de su padre un carácter díscolo, apasionado, exaltado hasta llegar a las fronteras de lo anormal, de lo extrava-

gante, de lo que asombra a las gentes sensatas. Libre, independiente, multimillonaria, de espléndida hermosura, muy pronto fué reina de los salones y eje de una corte de adoradores. Blanca y rubia como Loreley, arrogante é intrépida como una Walkyria, sentimental como una mujer de Goethe, aventurera y caprichosa como una mademoiselle de Maupin, parece haberse propuesto como norma de conducta *épater les bourgeois*... Ama á Baudelaire, á Verlaine, á Meterlinck; no tiene inconveniente en publicar su admiración por Vera Zassulith y Luisa Michel... Maneja el sable y el florete, nada como una sirena, hace certeros disparos con la pistola y gufa lo mismo un automóvil que un brioso corcel.

Para librarse del tedio que la abrumaba, de la eterna nostalgia que le abrasaba el alma, ha emprendido largos viajes. ¡Tal vez soñaba encontrar en lejanas tierras el hombre adorado!

Y como una golondrina errante, como una ave-cilla inquieta y voladora, ha ido de puerto en puerto, de ciudad en ciudad, posándose en todos los paquebots que surcan los mares azules. Y ha visitado el bello país de los crisantemos y de los cerezos floridos, donde las *musmés* lucen kimonos de sedas joyantes y bordados de plata que representan dragones alados y animalfas de quimera... Y ha asistido con rajás de rostro bronceo y dientes zahores a la caza del tigre en los bosques sagrados de la India, por cuyas sendas, perfumadas con la flor del loto, se ven todavía transitar fastuosas cabalgadas de elefantes... Y ha penetrado, audaz, en los desiertos africanos encaramada en la joroba de un camello... Y ha subido a las montañas más altas... Y ha contemplado los espectáculos más sublimes... Y ha tenido amores con príncipes y artistas de universal renombre...

Después de haber recorrido medio mundo, regresaba á descansar, un poco triste, desengañada, a su magnífico castillo, rodeado de parques y jardines. Allí se dedicaba á dejarse adorar por sus numerosos amigos. Formaban su corte artistas y poetas, nobles caballeros y políticos eminentes. Y al lado de tales eminencias cobijábase también en el castillo los tristes juglares, que tienen jorobas como Quasimodo, narices de Cyrano y el alma vidriosa y entenebrecida por la indiferencia de la multitud que pasa, burlona, a su lado. Y formando contraste con ellos gallardeaban los linajudos *sportmen*, que también aspiran a la celebridad y el renombre disputándose la copa de honor en las carreras de caballos, en el polo ó como hábiles tiradores.

Ella los trataba á todos como reina, dándoles frases de aliento y esperanza unas veces y otras

haciéndoles burlas crueles. Y organizaba cacerías de venados y jabalíes sólo por darse el gusto de ver estremerse de terror a los pobres juglares, que jamás tuvieron un arma de fuego en la mano ni supieron lo que era trotar en un fogoso potro. Y para vengar á éstos de los porrazos recibidos al caer del caballo y de los desdenes de los señores, improvisaba justas y torneos literarios, en los cuales los gibosillos ciranescos asaetean a sus nobles rivales con dardos y sáti-ras despiadadas.

Pero a pesar de todas estas fiestas la gentil duquesita se aburría y en su alma nostálgica no asentaba el amor.

Entre tantos poetas, caballeros y príncipes no había ninguno capaz de enamorarla; ¿dónde, dónde encontraría ella al hombre amado?

No es fácil encontrarlo.

Les sobra á unos el espíritu, y son blandos, tímidos y débiles como doncellas, y en cambio los bravos, fuertes y atléticos no tienen corazón para sentir.

Fué pasando el tiempo.

El alma de la duquesita era un erial.

Para ella la hora del amor sano y verdadero todavía no había sonado. Todas las bellas palabras han sido pronunciadas en su elogio y jamás la han satisfecho, porque más que un sentimiento sincero y hondo revelaban el prurito de demostrar galanura de ingenio. Lindos madrigales acariciaron sus oídos. Miradas fulgurantes la persiguieron codiciosas. Poetas apasionados tejieron guirnaldas de flores y versos a su paso. Valerosos guerreros rindieron a sus pies las brillantes espadas. Nobles señores pretendieron hacerla dueña de sus mansiones. Y ella siempre fría, siempre indiferente, sin encontrar al hombre ideal que había forjado en sus ensueños...

La vida se le hizo insoportable, y poseída de místico ardor decidió encerrarse en un convento.

¡No hay felicidad en el mundo!

Ni la riqueza, ni el amor, ni el arte, ni la poesía, ni las arriesgadas aventuras, ni el continuo viajar pueden proporcionarla.

Y en la celda blanca y soledosa adonde no llegan los ruidos del mundo, se entrega apasionada, cual nueva Teresa de Jesús, al amor de Dios, su único Esposo...

Por los claustros del convento resbalaron graves, lentas, sonoras, las últimas notas del órgano, que fueron apagándose hasta extinguirse como un murmullo sollozante. La paz augusta, el sosiego solemne reinaban en la santa casa. Monjas, novicias y educandas habíanse recogido en sus celdas para la meditación. Únicamente frente a la capilla de la Virgen del Carmen se escuchaba, cada vez más cerca, la tosecilla seca de una monja. Era Sor María de la Cruz—la gentil duquesita—, que con sus grandes ojeras moradas, su cara inmensamente pálida y sus blancas vestiduras avanzaba por entre las sombras de la iglesia como un fantasma.

JULIO MILEGO

ESBUIJOS DE VARELA DE SEIJAS





La noche de Adonis



En la noche estrellada, en la infinita paz del cielo, palpita un triste anhelo de amores sobre el mundo que palpita.

El aura de la noche es como el vuelo de un cisne que argentara el plenilunio de cristal en el lago azul del cielo.

El alma asoma todo su infortunio á los ojos, de lágrimas velados... ¡Oh, luna de San Juan, luna de Junio,

manantial que desbordas en los prados del cielo donde bordan, cual doncellas de cuento, las estrellas sus brocados;

ara ante el sacro rito, como aquellas que el adoniasta enguirnaldó de flores!... Tras mi llanto se borran las estrellas.

Y dice el coro de consagradores:

«¡Adonái, Adonái, divino Adonái, que te perdí por el Otoño, cuando Lino murió por ti, retorna á mí! ¡Danos tu voz que es como un trino, otra vez tu misterio dí, otra vez torna en tu camino... Llene las almas tu alma, así que llénase un cáliz mirrino con miel, con néctar ó con vino de tus vides, Adonái!»

Se ha velado el cantar en lejantía... Luego, el fuego naciente, brota; luego, la ofrenda, la sagrada epifanía...

Crece la greguería en el sosiego del campo... Y surgen vivas llamaradas: Rastrean igual que áspides de fuego,

cual lenguas de lebrél ensangrentadas en los zarzos: vigilan como ojos entre matojos: fulgen como espadas:

fingen áureas fuentes, fingen rojos mares de sangre: son como el deseo que posee la hacina de matojos:

se retuercen igual que Prometeo: ¡Mas crecen las fogatas sus fulgores al restallido de un chisporroteo!

Y dice el coro de consagradores:

«¡Señor San Juan, Señor San Juan, divino Señor San Juan, mira este afán! ¡En ti, las gracias de aquel Lino muerto al Otoño, volverán! ¡Danos tu voz que es como un trino musicalino y talismán de amor; desanda tu camino... Tráenos amor... y tráenos pan, pues te renuevas de continuo

y escancias néctar, miel y vino de tus vides, Señor San Juan!»

ooo

Humea como un ara cada hoguera y en la consagración plena del rito se llora la marchita Primavera...

Raya el silencio de la noche un grito de triunfo, de alabanza y de esperanza por la renovación de lo infinito...

Hay siempre un fuego nuevo en lontananza. Y rásgase la noche en una herida, á cada voz, como á un golpe de lanza se abrió la entraña del Señor...

FINIDA

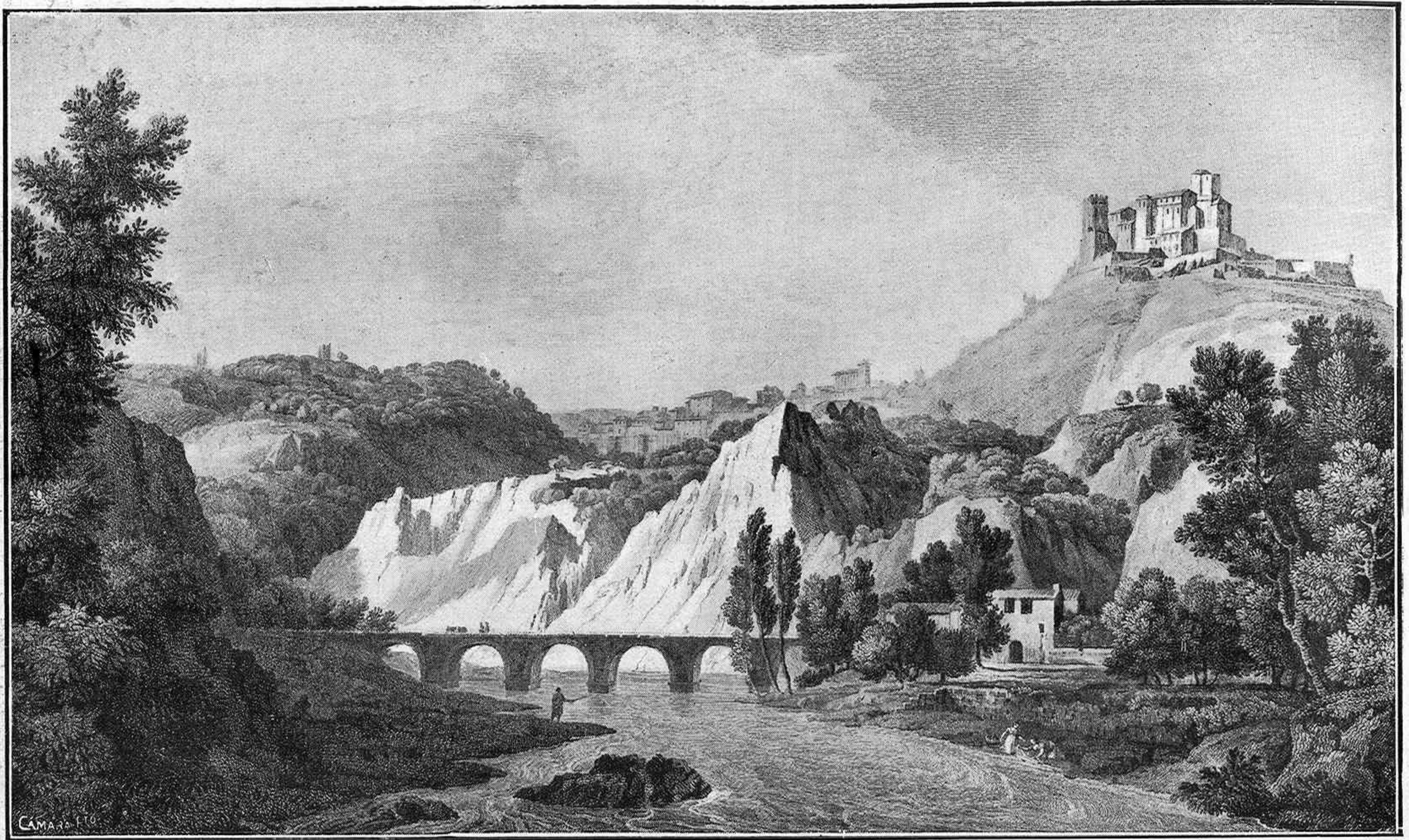
¡Renuévase, renuévese la Vida como el amor! ¡Danos amor y nueva vida: Bienvenida torne tu imagen bendecida, por un sendero todo en flor!... Por ti está el ara ya encendida, Renovador: Ve su fulgor... ¡Torna, como una amanecida de amor y vida, Renovador!

José CAMINO NESSI

DIBUJO DE MOYA DEL PINO

ANTIGÜEDADES ESPAÑOLAS

EL DUCADO DE CARDONA



La ciudad y el castillo de Cardona y las montañas de sal gema

Pocas veces podrá lamentarse tanto la incuria española, nuestro abandono, nuestra pobreza, como viendo este admirable castillo de Cardona sin reedificar, sin cuidar como rico joyel, sin mostrarlo á propios y á extraños para su admiración y enseñanza. Porque es cierto que los hay por esos mundos de Dios más grandes, más suntuosos, más encajados en un solo orden arquitectónico, con más extremadas bellezas y aun con riquezas más abundantes; pero en primer lugar, no es en España donde tales prendas existen, y en segundo lugar, no es obra de cuerdos abandonar y olvidar las joyas pequeñas por el hecho de no poseerlas grandes y riquísimas. De la España feudal apenas queda nada, bien que ella fuera baladí y no pudiera comparársela con el poderío de los grandes señores en el centro de Europa. Pero así como Alemania, Francia é Inglaterra consideran sagradas las viejas piedras y conservan el tipo y el carácter de las ciudades medioevales, y á fuerza de cuidados restauradores han salvado y hecho perdurar la vida de los viejos castillos, en España todo se ha destruído y roto y arrasado. La fe y la devoción salvaron un poco al Arte y á la Historia, allí donde éstas se unían con la Religión, en un altar, en una capilla, en una iglesia, en un convento; pero donde no había imagen milagrosa que infundiera respeto y contuviera las manos profanadoras de la muchedumbre, las viejas piedras eran víctimas, de generación en generación, de un odio semejante al que nuestra raza ha profesado secularmente al libro, al árbol y al pájaro.

He aquí olvidada, desconocida, esta villa de Cardona, antigua y bella, con sus murallas romanas. su fantástico puente del Diablo, ni acabado ni derruído jamás; con su hermoso castillo, cuya capilla vive ha quince siglos y salva de morir á las viejas piedras que la rodean. De la grandeza que tuviera esta fortaleza de nobles, da idea el admirado sepulcro donde yacen Juan Raimundo, primer duque de Cardona y su mujer

Francisca Manrique de Lara. Era este Juan Raimundo condestable de Aragón, y los Folch, sus ascendientes, titulábanse ya vizcondes de Cardona. Fué esta villa, engrandecida y fortalecida por el conde Borrell, una de las que sirven de cimiento y base á la formación del poderío, que se troqueló luego en Principado de Cataluña. Está en ella, pues, uno de los orígenes de la nacionalidad española, con sus guerras, con sus tribulaciones, con sus soberbios engrandecimientos, con sus abatimientos inesperados. El duque de Vendome no pudo rendirla en nombre de Felipe V, ni el mariscal Macdonald pudo vencerla en nombre de Napoleón. Muy catalana, muy nacionalista, con mucho y noble orgullo de su prosapia y de sus hechos, Cardona ha hecho honor siempre á su escudo, que tiene un solo cuartel y una sola figura: un abundoso cardo silvestre, lleno de hojas y de púas. Le falta un lema. Pudiera ser éste: «Nadie la toque que de ello no se duela».

No se la ha tocado, pero se la ha profanado. A fines del siglo XVIII, no se encontró cosa mejor en que convertir la iglesia del castillo que en cuartel. En una de aquellas capillas había muerto un santo español, bien popular; aunque también en eso de la devoción los españoles nos sentimos arrastrados por modas extranjeras. San Ramón Nonnato padeció allí los últimos días de su vida, y no recordamos que en el Calendario haya santo que más afectuosa consideración deba despertar en la confianza religiosa de las mujeres, y sobre todo de las que son madres.

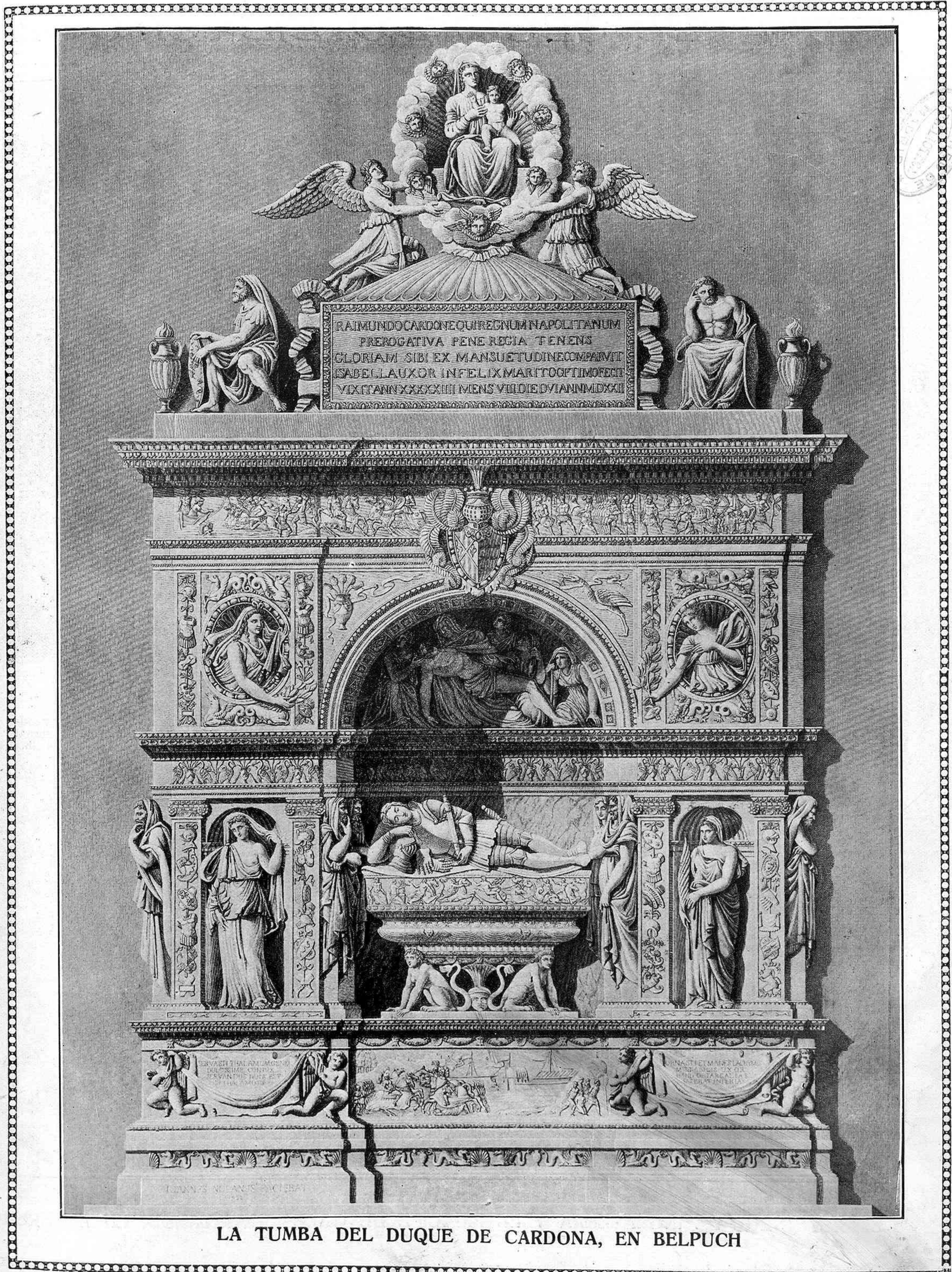
Por esa época, por los últimos años del siglo XVIII, recorrieron España unos dibujantes y grabadores franceses, copiando nuestros monumentos y el panorama de nuestras poblaciones para una obra que había de publicarse en París. De esa labor es reproducción la vista del sepulcro del primer duque de Cardona que hoy publica LA ESFERA. De entonces acá ese admirable monumento ha padecido nuevos agravios de la

incultura, de la ira, de la soberbia, de todas las malas y desatadas pasiones. En nombre del derecho divino, de la ley Sálica, de la libertad y del progreso, para España el siglo XIX ha sido un siglo de barbarie y de estupidez. Situada la villa de Cardona en una de las vertientes de los Pirineos, precisamente en el centro de un cuadrado formado por Berga, Solsona, Vich y Manresa, fué un sitio estratégico en nuestras guerras civiles. Quienquiera conozca la historia de aquellas luchas calculará los daños y las amarguras que á Cardona le produjeron.

Del castillo, de la iglesia, del sepulcro, quedan aún piedras bastantes, que debieran ser veneradas. Día llegará en España que se organicen las peregrinaciones de Arte, y ese día Cardona tendrá un puesto señalado en el itinerario.

No sólo la vetustez de sus iglesias, comenzadas á edificar una en el siglo V y otra en el siglo IX, y que son de las creaciones más grandiosas del estilo romano-bizantino, sino que despertarán la curiosidad de los viajeros sus famosas montañas de sal gema. También las obras de la Naturaleza maravillan y encantan á los aficionados al Arte, que, al cabo, no son sino amantes de la belleza, tal como ella se nos muestre y haga estremecer á nuestros espíritus. Y pocas obras de la Naturaleza como estas minas en que la sal se produce como en los esteros del mar. Allí donde el agua la filtra, la perfora y la derrite, se forman cuevas y grutas con maravillosas estalactitas, donde la luz finge y multiplica el iris hasta deslumbrar y cegar los ojos humanos. Transparente como cristal de roca, jaspeada como piedra onix, aquella montaña ofrece tales cambiantes de color, cuando el sol la dora ó cuando la luna la trueca en claro espejo, y cuando el cielo se refleja en ella como se refleja en las aguas del mar, que los viajeros no sabrían si admirar más las obras de la Naturaleza ó las obras del Arte.

AMADEO DE CASTRO



RAIMUNDO CARDONE QUI REGNUM NAPOLITANUM
PREROGATIVA PENE REGIA TENENS
GLORIAM SIBI EX MANSUETUDINE COMPARUIT
ISABELLA UXOR INFELIX MARITO OPTIMO FECIT
VIXIT ANN XXXXIII MENS VIII DIE VII ANNI MDXXII

LA TUMBA DEL DUQUE DE CARDONA, EN BELPUCH



EL REY JORGE DE INGLATERRA Y EL PRÍNCIPE DE GALES REVISTANDO, EN ALDERSHOT, LOS NUEVOS CONTINGENTES DE TROPAS ENVIADOS DE REFUERZO Á LAS LÍNEAS DE LOS ALIADOS

Dibujo de Matania

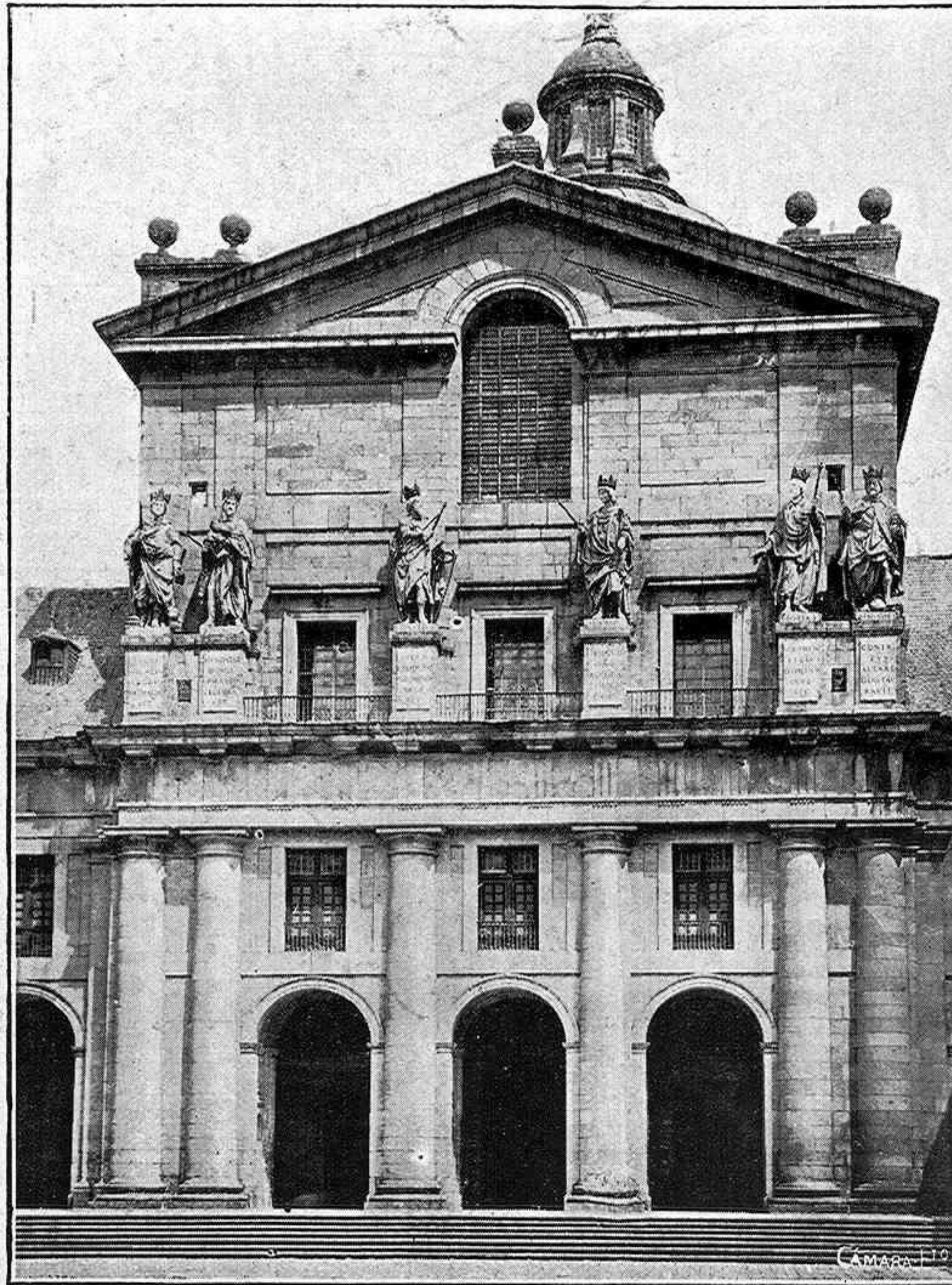
EL MONASTERIO DE EL ESCORIAL

REPRODUCIMOS en estas páginas algunas fotografías del Monasterio de El Escorial. Como en estas breves líneas no es posible hacer un relato minucioso y detallado de cuanto encierra de notable este monumento, que ha merecido la denominación de *octava maravilla*, nos limitaremos tan sólo a reseñar los datos más salientes de su fundación.

Tras dos años de indecisión é incertidumbre hubo de elegir Felipe II el lugar en que había de emplazarse el fantástico y grandioso Monasterio que la imaginación fogosa de aquel hermético y taciturno Soberano había forjado. Fué el lugar elegido la Sierra del Guadarrama, paraje apartado y pintoresco que se avenía como ningún otro con el carácter del fundador.

Ya estaba, pues, elegido el emplazamiento del Monasterio, pero faltaba hallar el sabio arquitecto y maravilloso artífice que transformara en realidad palpable la idea grandiosa y quimérica de Felipe II.

Ya desesperaba de hallarlo el Soberano, cuando hasta su retiro llegó la noticia de que vivía en la corte un célebre arquitecto nacido en ella, llamado Juan Bautista de Toledo, pero criado en Roma en la escuela de los más famosos artistas y con el estudio de sus grandiosas fábricas, y que acababa

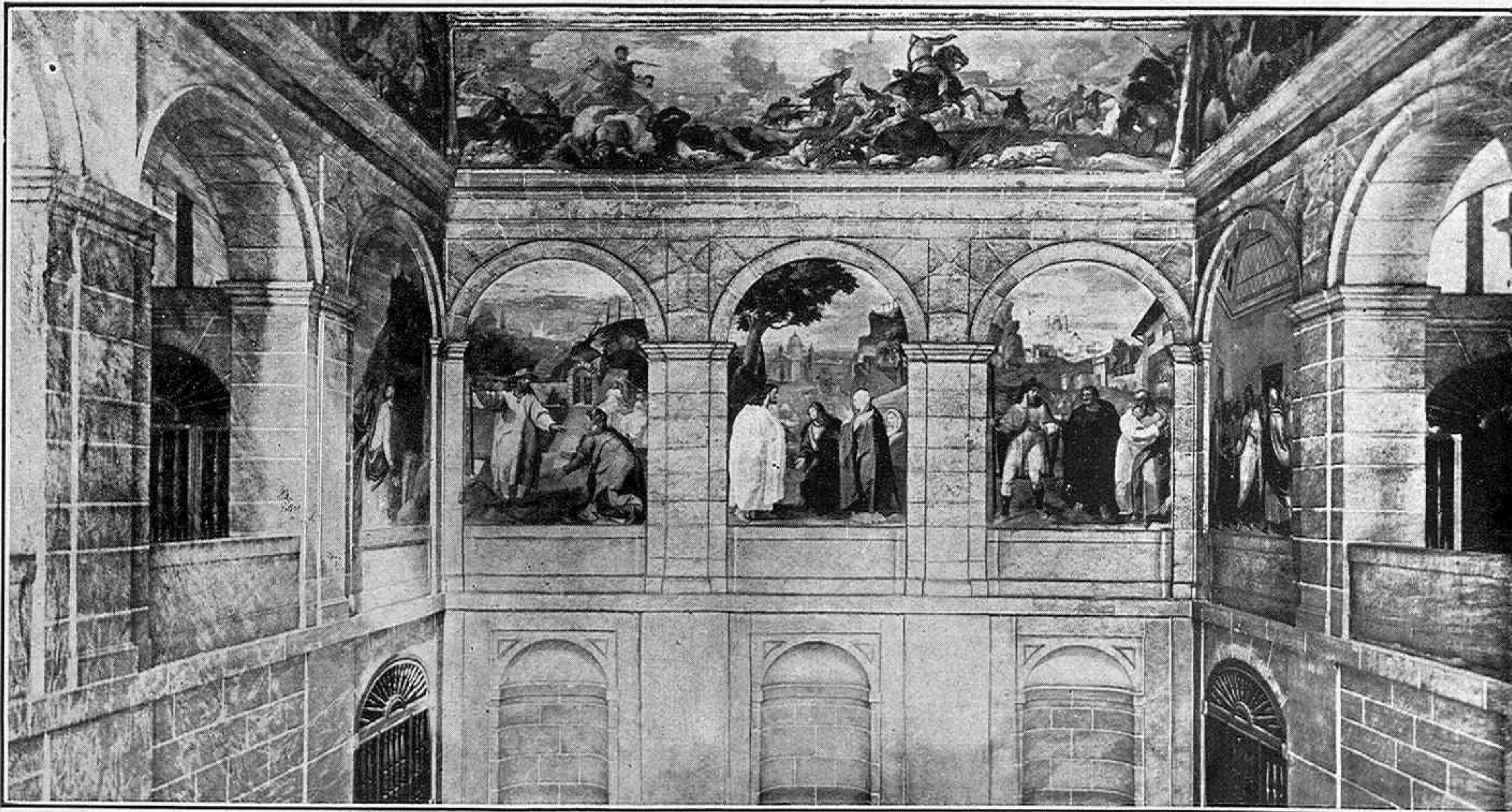


Fachada principal del patio de los Reyes

de llegar de Nápoles, donde había dejado pruebas indudables de su enorme talento; fué inmediatamente llamado por Felipe II, y tras no pocas discusiones, conferencias y cabildos, le fué conferido el encargo de transformar en proyecto realizable el sublime deseo del Rey. Primero en papel, y luego en madera, presentó el artífice sus proyectos y planos, que fueron aprobados inmediatamente.

Hízose gran acopio de obreros y materiales para la obra, y así que todo estuvo preparado, en 25 de Abril de 1565, fué asentada por el propio arquitecto mayor la primera piedra del Monasterio, y en 20 de Agosto del mismo año colocó Felipe II la primera del templo, que fué bendecida por fray Bernardo de Fresneda, confesor del Rey y obispo de Cuenca.

La muerte en 1567 del insigne arquitecto creador de la magna obra sumió á Felipe II en la desesperación, pues creía el Soberano que el fallecido artista no había de tener sustitución. Afortunadamente fué el asturiano Juan de Herrera un digno continuador de la obra de Toledo, hasta el punto de que es mucho más conocido el nombre de Herrera como creador del Monasterio de El Escorial que el de Toledo. Realmente el primero de los nombra-



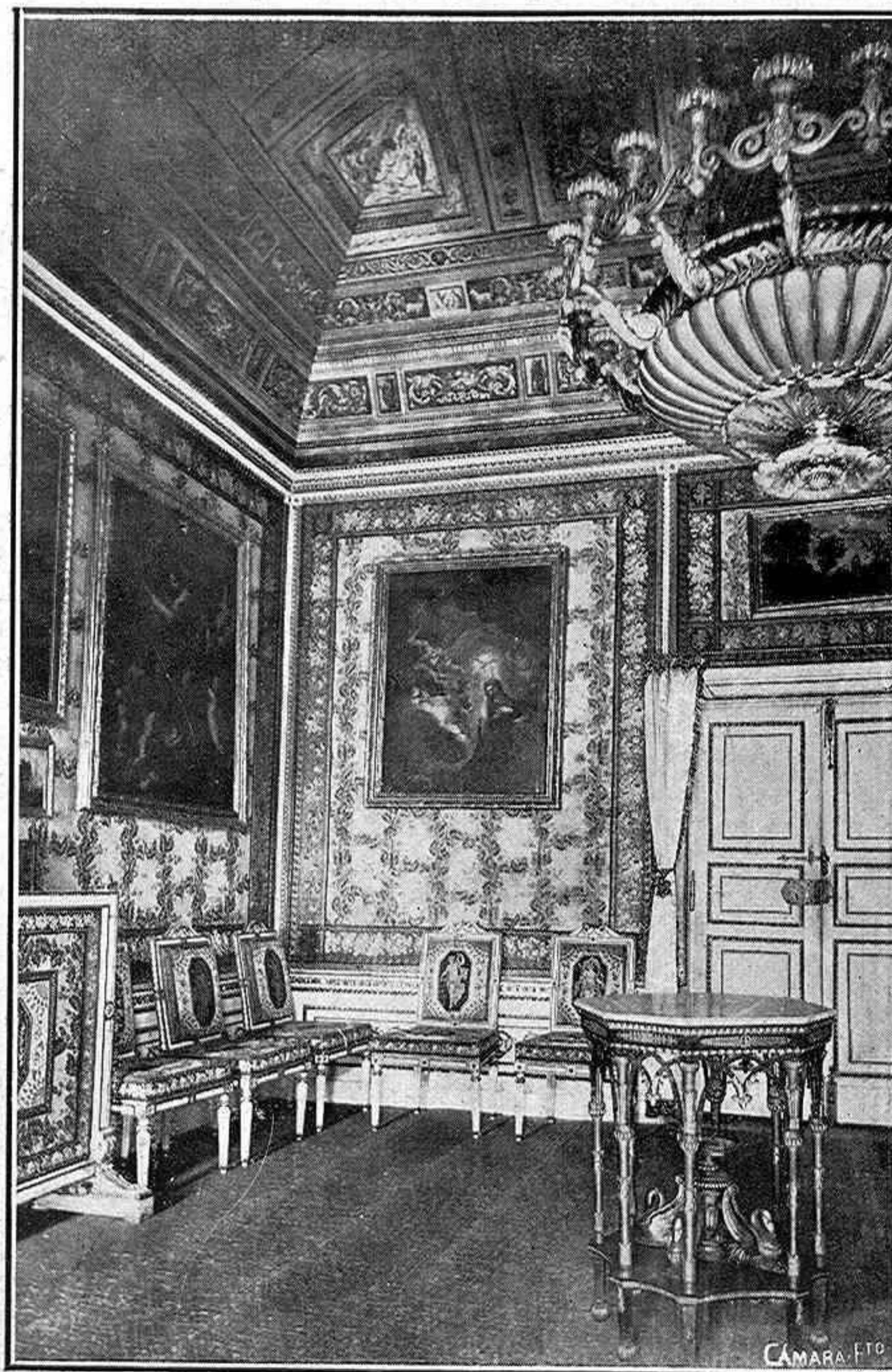
Pinturas que decoran la escalera principal del Monasterio

FOTS. LAURENT

1929



Interior de la iglesia

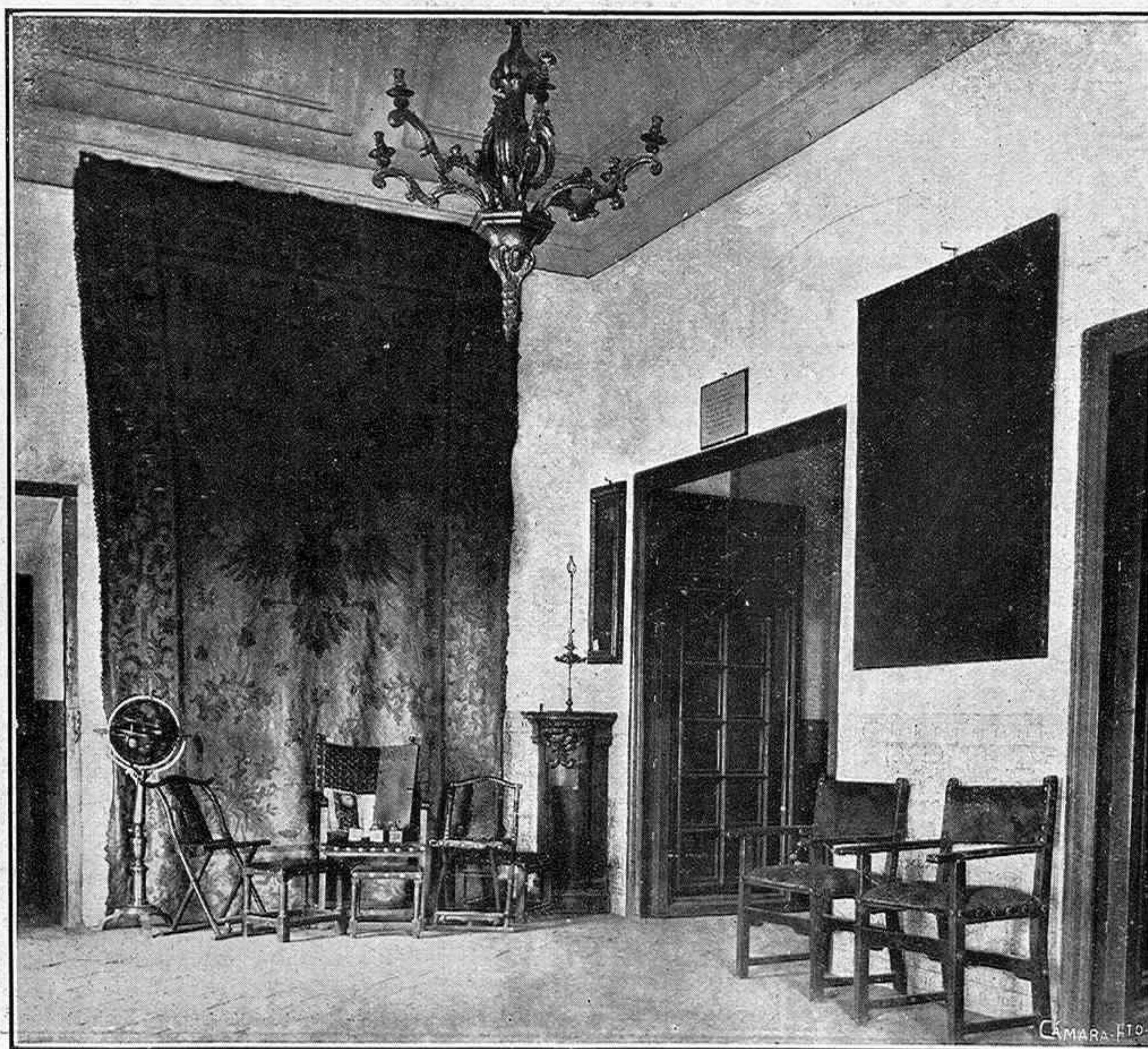


El salón de la Torre (casita de abajo)

brados hizo innovaciones muy atinadas en los planos, mejorándolos notablemente por todos conceptos.

Después de veintiún años de su comienzo, en 13 de Septiembre de 1584 terminaron las obras de la fábrica, que apareció rica y severamente ornamentada, pues á medida que la construcción avanzaba acudían á enriquecerla con los destellos de su arte los más hábiles pintores, escultores y artistas de todos los ramos.

Costó la edificación del Monasterio sesenta y seis millones de reales, cantidad exigua y mezquina si se tiene en cuenta la grandio-



Habitación de Felipe II

sidad y magnificencia de la obra levantada. No se escatimaron en la construcción ni los materiales de la mejor calidad, ni los operarios, que fueron todo lo numerosos que la importancia de la edificación requería; y, sin embargo, gracias á la excelente y sabia administración que regentó las obras, el coste de éstas fué infinitamente menor de lo que en un principio se había presupuestado.

Aun cuando son innumerables las fotografías que hay en circulación de esta colosal obra, sería grave falta en nosotros la de no hacer un bosquejo, siquiera



FOTS. LAURENT

2505



VALENECO DE
BIBLIOTECA
MADRID

PATIO DE LOS EVANGELISTAS DEL MONASTERIO DE EL ESCORIAL

FOT. LAURENT

5205



SALÓN-BIBLIOTECA DEL MONASTERIO DE EL ESCORIAL

FOT. LAURENT

15785



Claustro bajo del Monasterio

sea ligerísimo, de su estructura. Alguien, no sin acierto, ha comparado el Monasterio de El Escorial á unas enormes parrillas invertidas, y, en efecto, tal es la impresión que produce visto de lejos desde cualquiera de los altísimos cerros que rodean el Real Sitio de San Lorenzo.

Se elevan de su planta cuadrangular otras tantas torres rectangulares y amplias que terminan en agujas con veleta y globo.

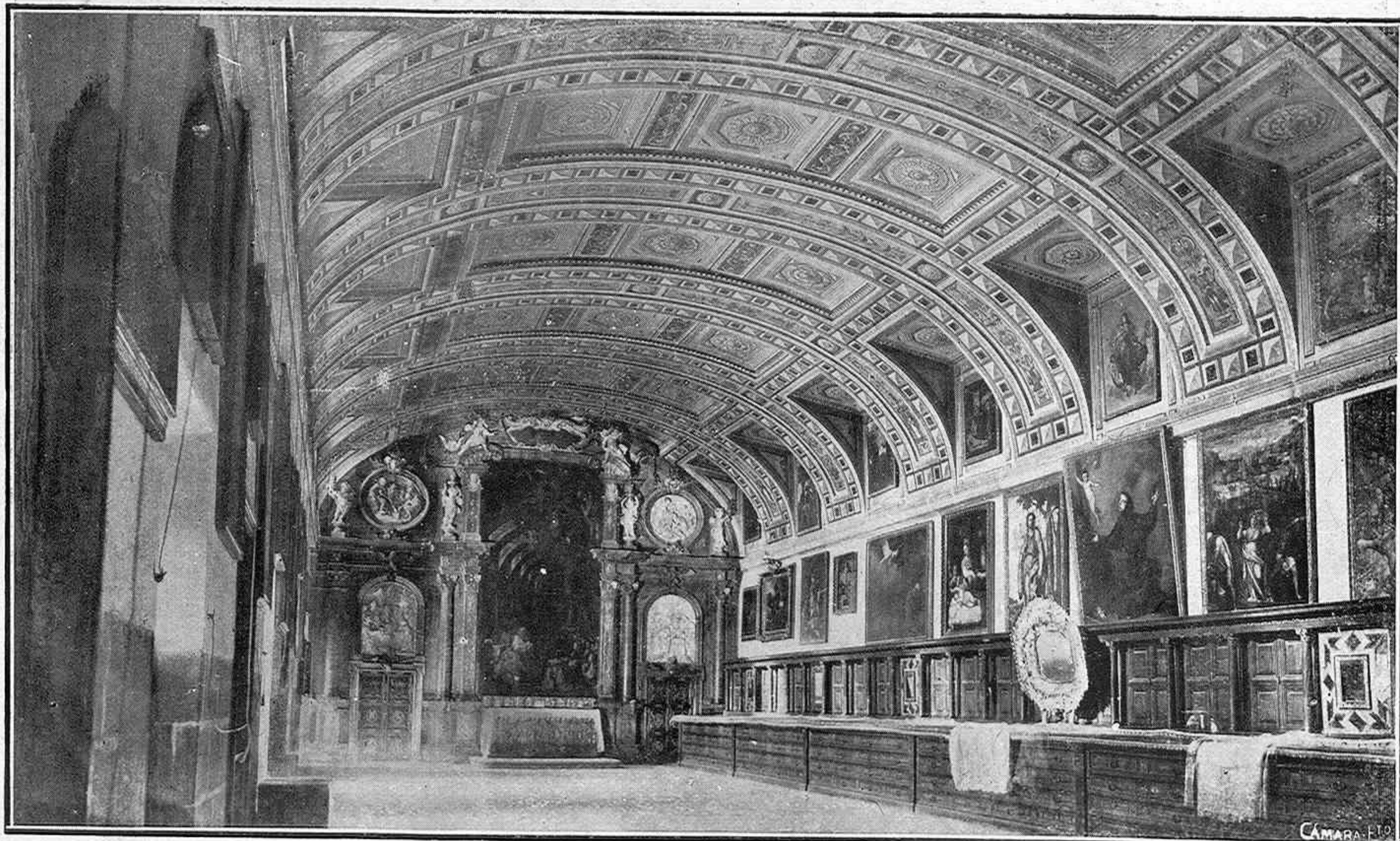
En el centro se alza grandiosa é imponente la cúpula principal, y por la parte de delante flanquean la fachada del templo dos torres de más reducidas dimensiones, amén de otras dos

inferiores que parten enhiestas de otros cuarteles más bajos. Los techos, puestos todos á un nivel y divididos en compartimentos simétricos, están revestidos de plomo y pizarra, y en su declive hállanse colocadas las guardillas.

He aquí, querido lector, una breve impresión de la historia de la fundación de la *octava maravilla*.

En otra ocasión nos ocuparemos con mayor detenimiento de esta magna obra, que constituye la más preciosa obra monumental con que cuenta España.

Luis GONZÁLEZ

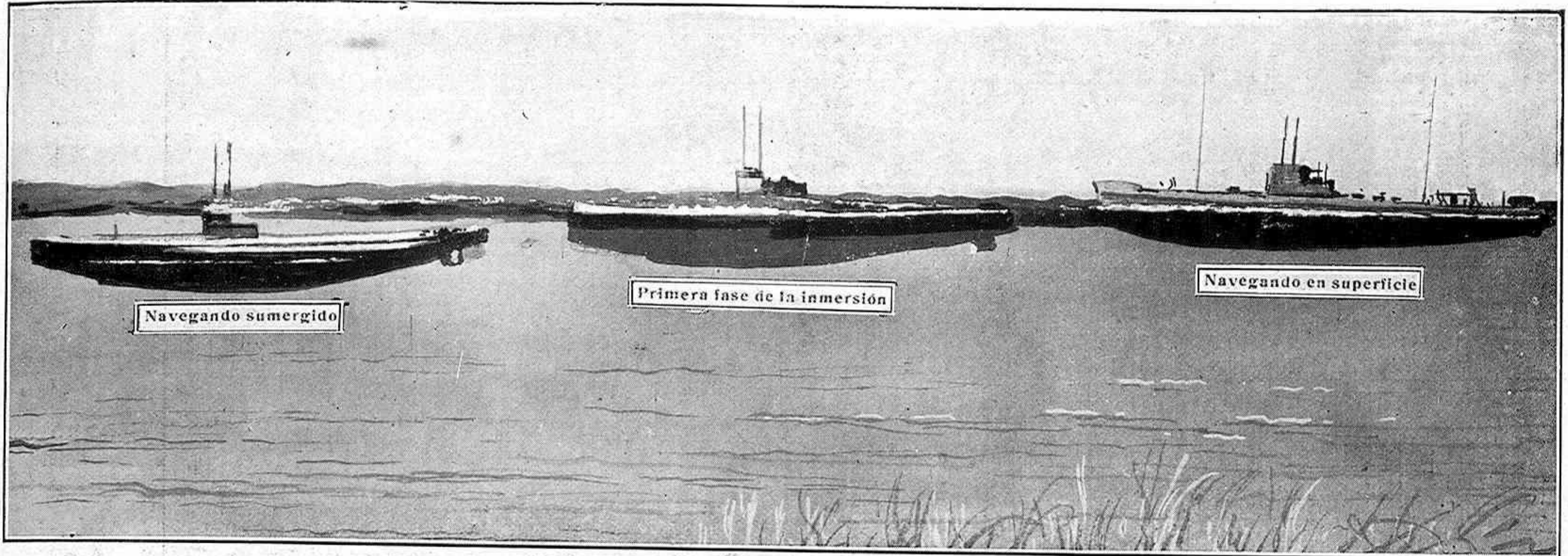


Sacristía del Monasterio

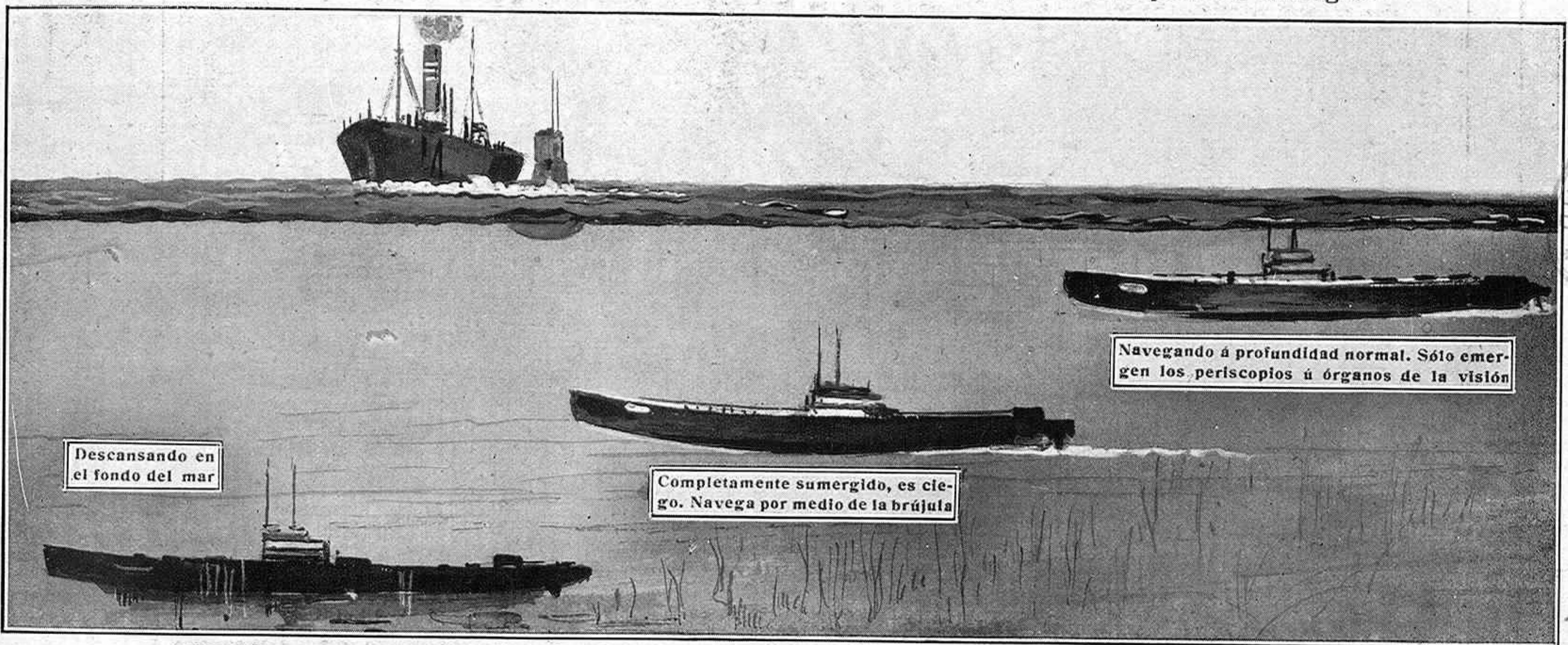
FOTS. LAURENT

1925

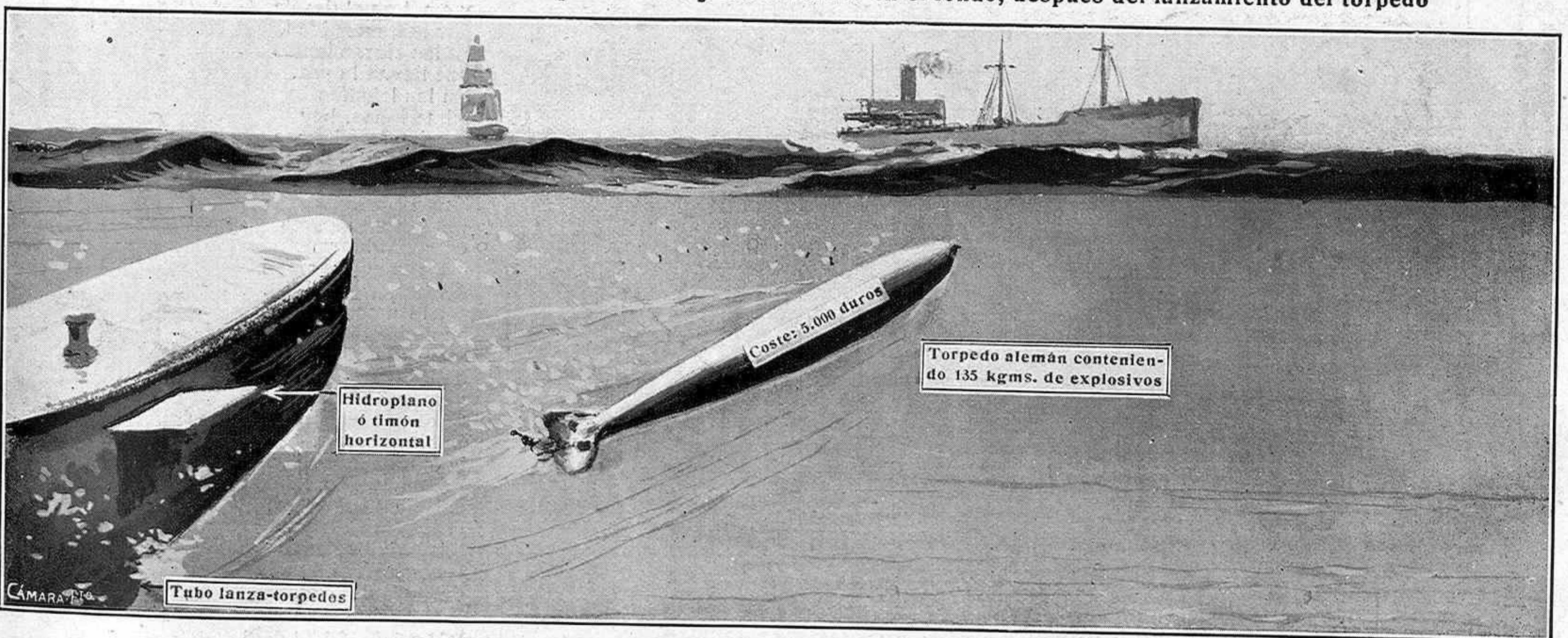
CÓMO FUNCIONA EL SUBMARINO ALEMÁN



PRIMERA FASE.—Movimiento desde la navegación en superficie á la posición sumergida



SEGUNDA FASE.—Ocultándose para atacar y descansando en el fondo, después del lanzamiento del torpedo



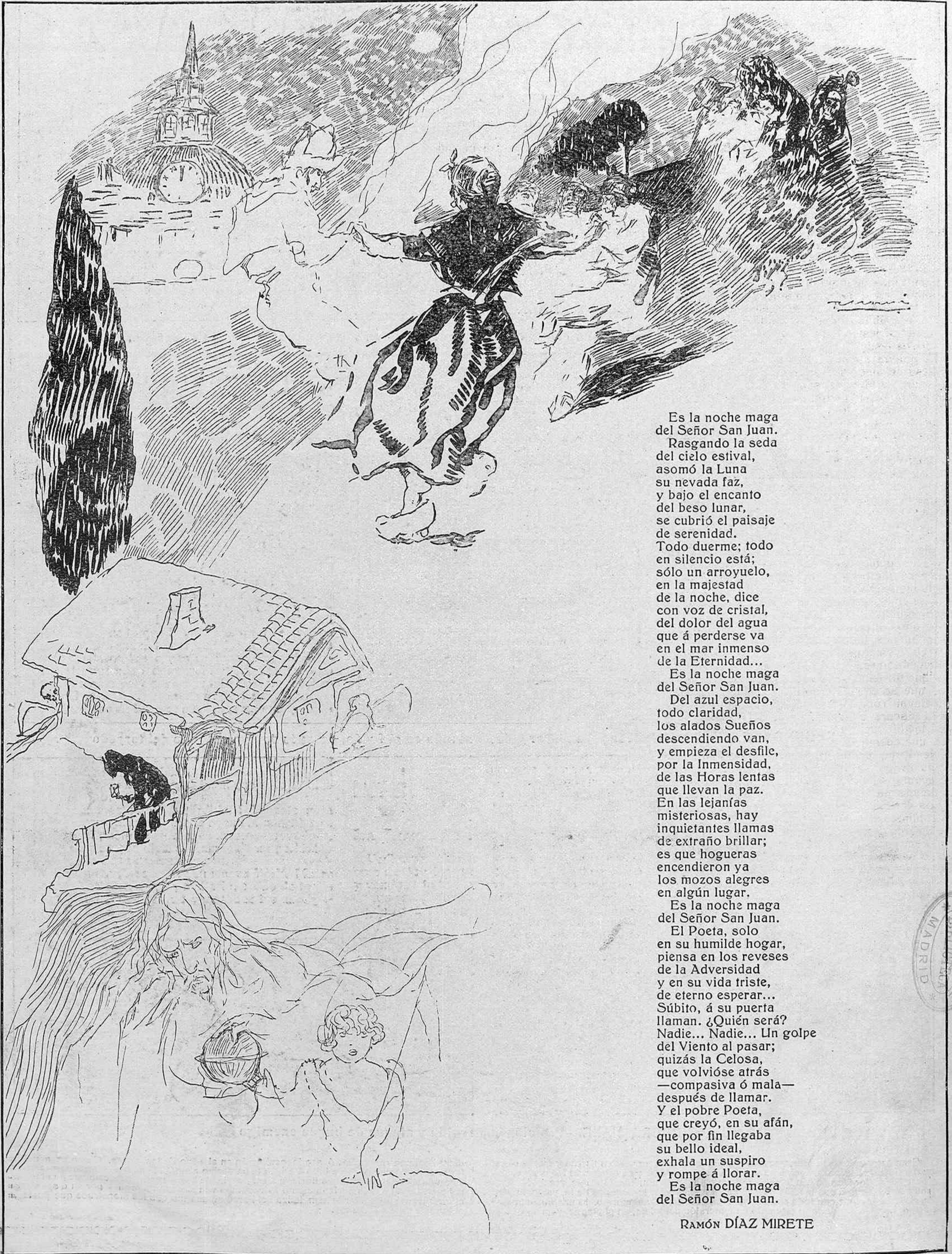
TERCERA FASE.—Posición sumergida y ataque de buque enemigo

Gran personaje en la gran tragedia mundial que se desarrolla en tierras y mares el submarino alemán, atrae en estos momentos la curiosidad y el interés de las gentes. Nada puede dar mejor idea de esa formidable máquina de guerra, magnífica de precisión y portentosa en cuanto á sus medios de ataque y defensa, que los dibujos de la presente plana. En ellos se advierte con toda claridad el dócil manejo del submarino, lo mismo en la navegación semisumergida, que actuando en inmersión completa, en el ataque y en lo que pu-

diera llamarse «retirada», ó sea la ocultación en el seno de las aguas. Como en aquellas fantásticas narraciones de Julio Verne, el submarino alemán, llenando de agua sus tanques y con auxilio de sus timones horizontales, desciende hasta reposar dulcemente en el fondo del mar. Los timones horizontales ó hidropianos van situados á proa y por su disposición contribuyen á aumentar la semejanza del barco submarino con los monstruos que pueblan el interior de los Océanos.

BIEN
MADRID

LA ESFERA
LA NOCHE DEL SEÑOR SAN JUAN



Es la noche maga
del Señor San Juan.
Rasgando la seda
del cielo estival,
asomó la Luna
su nevada faz,
y bajo el encanto
del beso lunar,
se cubrió el paisaje
de serenidad.
Todo duerme; todo
en silencio está;
sólo un arroyuelo,
en la majestad
de la noche, dice
con voz de cristal,
del dolor del agua
que á perderse va
en el mar inmenso
de la Eternidad...

Es la noche maga
del Señor San Juan.

Del azul espacio,
todo claridad,
los alados Sueños
descendiendo van,
y empieza el desfile,
por la Inmensidad,
de las Horas lentas
que llevan la paz.
En las lejanías
misteriosas, hay
inquietantes llamas
de extraño brillar;
es que hogueras
encendieron ya
los mozos alegres
en algún lugar.

Es la noche maga
del Señor San Juan.

El Poeta, solo
en su humilde hogar,
piensa en los reverses
de la Adversidad
y en su vida triste,
de eterno esperar...
Súbito, á su puerta
llaman. ¿Quién será?
Nadie... Nadie... Un golpe
del Viento al pasar;
quizás la Celosa,
que volvióse atrás
—compasiva ó mala—
después de llamar.
Y el pobre Poeta,
que creyó, en su afán,
que por fin llegaba
su bello ideal,
exhala un suspiro
y rompe á llorar.

Es la noche maga
del Señor San Juan.

RAMÓN DÍAZ MIRETE



ECOS DE LA GUERRA

EL PODER DE LOS POETAS

La forma poética ¿está llamada á desaparecer?, dijo hace veintitantos años un ateneísta que ahora es senador vitalicio y algunas veces distrae sus ocios parlamentarios con versos fustigadores y pesimistas. ¿Quién se acuerda ya de la controversia de antaño? La forma poética, como los poetas, y sobre todo la poesía, siguen gozando en el mundo el imperio que por derecho les corresponde.

Dígalo cuanto acaba de suceder en Italia, donde el santo cariño á la Patria, los ardientes anhelos del país han tenido expresión sublime en las palabras de un poeta tal como D'Annunzio. Después de todo, los grandes oradores en sus horas culminantes ¿qué fueron si no maestros de la poesía? Emilio Castelar improvisó durante el año 1869, en unos meses de propaganda, algunos millones de republicanos federales, sugestionados por la palabra mágica, fascinadora de aquel poeta en prosa que estremecía de entusiasmo á un público de ateos hablándole de la divinidad de Jesús y de la pureza infinita de la Madre de Jesús.

La poesía, cuando lo es de veras, representa el beso de amor que se dan la inteligencia y el corazón. La idea y el sentimiento se abrazan, se estrechan, y de la cópula nace el concepto bello, vibrante, halagador, lleno de encantos, fogoso ó tierno, según el caso en que fué concebido. ¡Como ha de manifestarse la vida del hombre, con ausencia de lo que es ensueño, en sus horas de ilusión; en las de amargura, consuelo; en las de incertidumbre, esperanza; en las de peligro, brío! ¡Acabarse la poesía!... Cuando concluya el existir humano, cuando la tierra inorgánica rueda por los espacios infinitos, flotando en ellos como un cadáver sobre la movible superficie de las ondas.

Mientras exista una mujer hermosa y mientras haya un pueblo que tenga cariño á su historia; una raza que profese amor á su destino; un espíritu justiciero que execre la barbarie; un alma que se embriague con las asombrosas conquistas humanas; un pecho que se hinche con los soberanos alientos de la fe; mientras haya criaturas buenas, habrá poesía.

Y claro está que habiéndola ha de subsistir en todas sus formas; porque los versos prosaicos, los que no están inspirados, son como los zafios que se empeñan en parecer elegantes porque llevan ropa de lujo. No está el buen gusto en la cáscara, sino en la carne del fruto. La rima y la medida del verso son recursos de los mil con que cuenta la poesía para alegrar con sus esplendores la vida de la tierra. Pero aun eso de medir las palabras para que formen verso y de aconsonantarlas para que suenen mejor no es detalle que merezca desdén por insignificante.

Los versos buenos pueden ser condensación de sublimes ideas, más eficaces cuanto más concretamente expresadas; la quinta esencia, el principio activo, el alcaloide de un pensamiento. El verso se guarda en la memoria popular fácilmente; se lega de una generación á otra, sin que los perpetuadores de las palabras que le componen las recogiesen en ninguna parte. Por eso Campoamor no muere nunca; porque sus fragmentos suenan siempre en los labios del pueblo. Por lo mismo Zorrilla perdura en España, en tanto que otros desdichados, á quienes la vanidad propia les hizo creer en glorias completamente fingidas, pasan inadvertidos, de incógnito, sin saborear el deleite de que sus frases se repitan como un cantar que guarda por esencia el sentir de la muchedumbre.

Desaparecerán, y han desaparecido, muchas veces los poetas chirles, los agrupadores de palabras, los que exprimen el caletre para urdir renglones cortos, los que campanuda, enrevesada, neciamente fabrican estrofas yertas que nada dicen y que apenas ven la luz sucumben, sin que logren más honor que el de las exhumaciones estériles á que les fuerzan sus propios creadores.

Pero los dignos de ostentar el nombre glorioso de poetas, los que sienten dentro de sí la poesía, quienes la vierten en frases acopladas á medida ó sueltas en párrafos armoniosos, esos no desaparecerán nunca, porque nada tienen que ver con los infelices rondadores eternos de la Belleza, que no ha de atenderles; porque para realizar su conquista no está el toque en tener

largos los cabellos, sino en no tener cortas las ideas.

El creador de *La ciudad muerta* es un poeta auténtico, excelso, y por lo mismo Italia, escuchando sus palabras, ha sentido el calor del entusiasmo y los ímpetus de la fe. En las decisiones de la bella península sin duda influyeron el consejo de los políticos, la conveniencia de los estadistas, cuanto se pesa y mide en las regiones directoras; pero el hervor de la muchedumbre, la decisión popular, la avalancha arrolladora de las multitudes se engendraron por el verbo del poeta, que al cabo de veinte años de cristianismo siente dentro de sí las grandezas inmortales de aquella Roma que fué señora en la Tierra y tan soberana en el entendimiento humano y en su expresión, que aún dan sus leyes norma y aún producen asombro los rasgos inmortales de su arte.

Ahora se despedazan en Europa veintiuna naciones, alguna de las cuales ha invertido siglos enteros en conquistar para los hombres tierras desconocidas de la civilización; pero á pesar de la presente orgía de la barbarie, el predominio de la espiritualidad queda en pie, y cuando llegue el instante de pedir á un pueblo que se yerga, suena, más que la voz de los caudillos y de los poderosos, la voz resonante y vibradora de los poetas.

Verdad que en estos tiempos se pierden muchas ilusiones viendo cómo han interrumpido su florecimiento las plantas que puso, cuidadosa, en la Tierra la civilización; pero á pesar de todo, á pesar de la brutalidad, de la ira, de la embriaguez de asolamiento á que se encuentran sometidos pueblos que eran guía del mundo, la fuerza de lo espiritual no desaparece y su acento aún se percibe y aún se impone. Dígalo, si no, Italia. Antes de ir á la guerra resonó en sus ciudades el himno del compañero de Garibaldi, de Mameli, que también sintió en su alma efluvios de poesía; pero la nota decisiva la dieron las palabras de D'Annunzio, hermosas, rotundas, sugestivas, con reflejos de espada que se esgrime bajo los rayos del sol y con iracundas armonías de madre que pide auxilio para su hogar amenazado. Eso pueden los poetas: mover á una nación, lanzarla al combate, decidirla á una contienda definitiva. Cuando los que gobiernan vacilan, los políticos se dividen, los que dirigen dudan, el poeta, resuelto, falla, y el país acoge sus palabras de modo tan decisivo que los vitores á ellas dedicados son voces de mando para que los soldados se presenten á las batallas.

Ya lo saben los escépticos, para quienes la verdadera fuerza está en los medios materiales. La espiritualidad no ha abdicado ni abdicará el imperio que ejerce sobre los hombres. El cetro sigue en sus manos y la corona refulge en sus sienas. Así, cuando se habla de influjos, antes

que en los transitorios del poder en los circunstancias de la fortuna, hay que pensar en los permanentes del genio, porque cuando él decide esclaviza todas las voluntades.

El poder de los poetas es invencible porque son los pregoneros del ideal, evocadores de las grandezas pasadas para emularlas y del afán de las futuras para conseguir las. Los imperios tienen su ciclo y sucumben al concluirlo; las formas de acatamiento de unos hombres á sus semejantes desaparecen al fin y al cabo. Lo perdurable, lo eterno es la fuerza sentimental y de pensamiento que amalgamadas forman la poesía.

El poeta fingido, el que enhebra frases sonoras como cuentas de un rosario, podrá merecer desdén y mofa; pero del auténtico, del que sabe pulsar las cuerdas del alma, del que mezcla en sus palabras perfumes de lo divino y alientos de lo humano, de ese nadie se burla, ni siquiera el que no le comprende.

J. FRANCO RODRÍGUEZ



GABRIEL D'ANNUNZIO

DE NORTE A SUR ::::

El poeta se muere...

Hay nombres de tal manera henchidos de ideal, que pronunciarlos solamente es como si nos nacieran alas y como si nuestra voz se cambiase de sonora en luminosa.

Rubén Darío es uno de estos nombres que, como el de Gabriel D'Anunzio, fué elegido por un anhelo espiritual, no impuesto por una inscripción de Registro civil.

¡Rubén Darío! ¡Cómo se magnifica y se ennoblece con versos inolvidables nuestra alma! Y las almas de todos los jóvenes que en sus libros aprendieron á titular exactamente las emociones. Cuando dedicó un libro «á los nuevos poetas de las Españas», era como un padre que en vida diera su fortuna á los hijos amados. Porque todos los de su generación y los de las generaciones sucesivas lucen en sus libros ideas, palabras que antes fueron del tesoro de Rubén Darío.

No hallaréis en la poesía española de estos tiempos una tan alta figura como esta del poeta del bello nombre y del feo rostro. Naves prontas á zarpas con rumbo al ensueño son sus libros. En ellos esperan todos los libertamientos humanos. Entrar á sus páginas es desnudarnos de la vida cotidiana para vestir fastuosas vestiduras y ungirnos de perfumes penetrantes. Es también asomarnos á horizontes insospechados, y que, sin embargo, nos puedan parecer espejos de lo que nosotros mismos seríamos si tuviéramos la voluntad de la belleza por encima de todas las otras voluntades de la ambición, del orgullo, de la sensualidad...

Y, no obstante, el hombre del nombre glorioso y armonioso va por la vida como un maldito. Se le agarró el dolor demasiado pronto, como esas malas hembras que salen al encuentro de algunos adolescentes y ya somborean todos sus años futuros. Dentro del cuerpo enorme de mulato brincaba el alma de un niño. En la polifonía de sus versos sonaban á veces ingenuidades infantiles. Era como un ciego voluntario por preferir el espectáculo interior. Y así, olvidadizo de lo que los demás hombres tienen siempre presente, le sorprendieron los peligros y le asaltaron los canes rabiosos de los instintos. El que supo domar el indómito Pegaso no tuvo fuerzas para ser su propio domador. Mientras él cantaba, habían en acecho los enemigos implacables de los que sueñan tanto que quieren soñar más...

Nadie, ni aún tú, burgués que engordaste en todas las inconsciencias, en todas las ignorancias y en todos los prejuicios, podría fírla la primera piedra. Rubén Darío está más allá del bien que hizo á todos y del mal que sólo se hizo á sí mismo.

Por eso esta noticia sórdida, infamante para los contemporáneos que la oyen sin sonrojarse, de que el poeta se muere, es más conmovedora, más trágica que diez columnas de un periódico hablando de la guerra europea.

Rubén Darío se muere en Nueva York. Muere como Verlaine, pobre, solitario, roído de todas las miserias de la carne y de todas las amarguras del espíritu.



Un perro vendedor de periódicos en la Plaza de la Estrella, de París

Miremos todas nuestras manos, porque en ellas hay sangre de ese crimen. Todos le abandonamos. A cambio de los dones de su poesía, le dimos ingratitud, indiferencia y olvido...

Pero más que á nadie deberán abochornar á los yanquis estas antiguas palabras del gran poeta que cantara en otro tiempo á Roosevelt:

«El mayor elogio hecho recientemente á la Poesía y los poetas ha sido expresado en lengua anglo-sajona, por un hombre de extraordinarias complacencias con las nueve musas. Un yanqui. Se trata de Teodoro Roosevelt, que juzga á los armoniosos portaliras con mucha mejor voluntad que el filósofo Platón. No solamente les corona de rosas; mas sostiene su utilidad para el Estado y pide para ellos la pública estimación y el reconocimiento nacional. Por esto comprendo que el terrible cazador es un varón sensato.»
(El canto errante. «Dilucidaciones».)



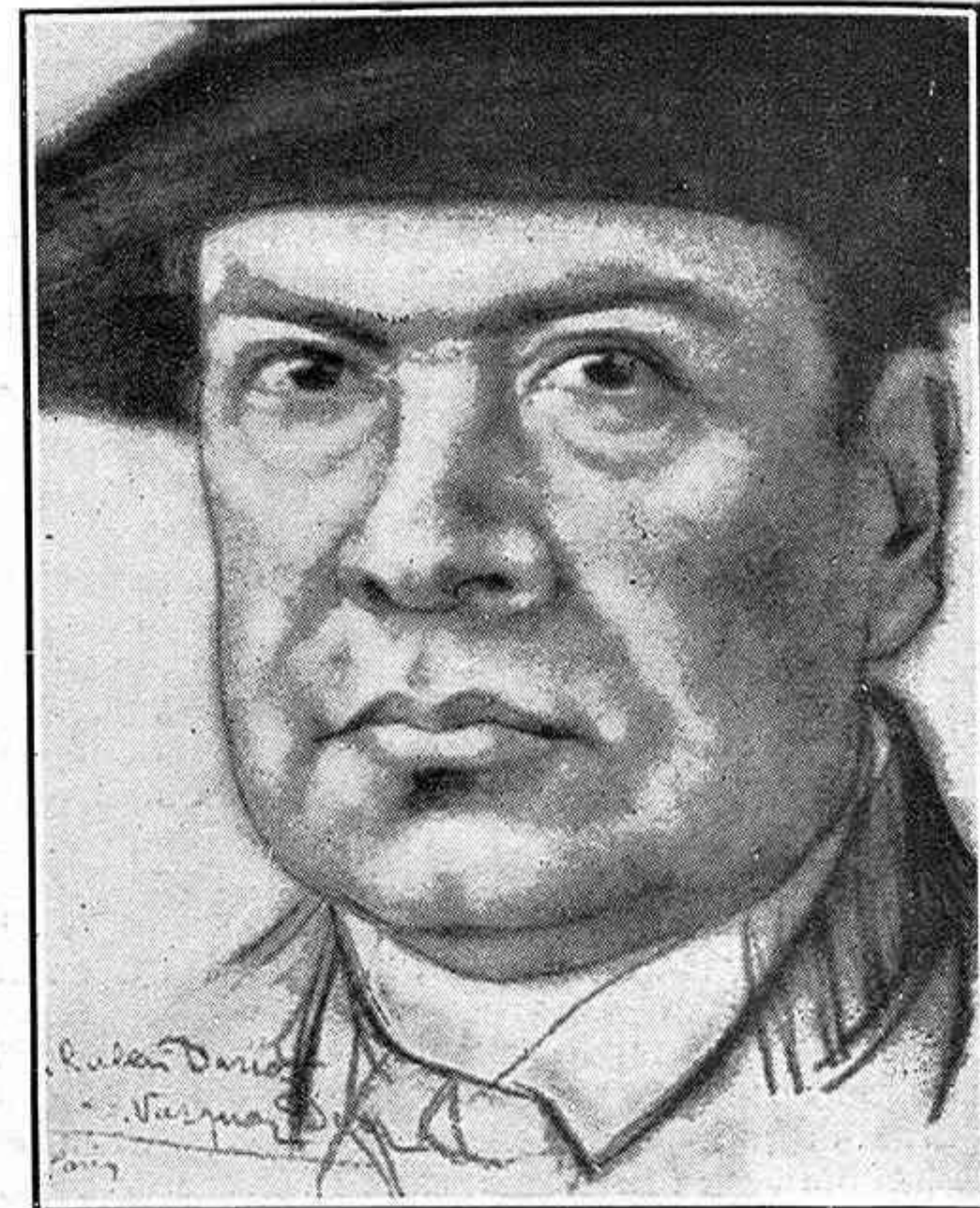
LA AMAZONA DE LAS ESTEPAS
La señora Kokovtseva, que forma parte del 6.º regimiento de cosacos, y que ha sido herida dos veces en los campos de batalla

La Juana de Arco rusa

Vedla, vestida con su uniforme militar, con su cruz de San Jorge en el pecho, erguida y seria, y vendada la frente, como un mozo que siente en sus profundos el hervor de los heroísmos. Juana de Arco entra en batallas al lado de los hombres. Mas ahora no es francesa, sino rusa. No son los ingleses sus enemigos, sino sus aliados, y en las grandes revistas londinenses aparece este retrato de la señora Kokovtseva con el título de *The Russian Joan of Arc*.

No es el caso de la señora Kokovtseva un ejemplo aislado de audacia y valentía femeninas. En el ejército ruso hay más de cuatrocientas mujeres soldados. La señora Kokovtseva forma parte del 6.º regimiento de cosacos que lucha en la Prusia Oriental. Ha sido herida dos veces y ahora aguarda que termine la convalecencia de la segunda herida para volver al campo de batalla.

Desde el punto de vista bélico el ejemplo de la señora Kokovtseva parece laudable



RUBÉN DARIÓ
Gran poeta, maestro de las letras hispano-americanas, que se halla gravemente enfermo en Nueva York

y digno de ser secundado por otras mujeres. Desde el punto de vista sentimental—y por esta vez el sentimentalismo y la lógica van de braceró—nos parece pernicioso y digno de todos los reproches.

Ayer eran un centenario que empuñaba las armas ó un niño de siete años que se batía en las trincheras. Hoy las mujeres sienten en sus entrañas, no la ansiedad noble de la maternidad, sino la rabia, la sed del exterminio. Inútil será hablar de los lugares comunes y huecos que se ponen como espejuelos á los hombres para que se maten mutuamente. No podrá convencernos tampoco el recuerdo de Juana de Arco, porque en realidad Juana de Arco, si existió, fué un caso de histerismo agudo.

Como tal vez lo sea el de la señora Kokovtseva, capaz de pelear entre los cosacos, que tan terribles le parecían al buen señor Espronceda.

Nos resulta, sin embargo, un poco *deplacée*, con su aspecto ambiguo de efébo y su vanidad teatral de retratarse como Sarah Bernhardt para representar *L'Aiglon*. Y menos elogiosa, menos admirable nos parece su actitud que las de esas otras mujeres, vestidas con los blancos trajes de enfermeras, que cumplen dentro de los hospitales la santa misión de curar á los hombres, en vez de ejecutar la brutal barbarie de matarlos sobre los campos de batalla...

Un perro que vende periódicos

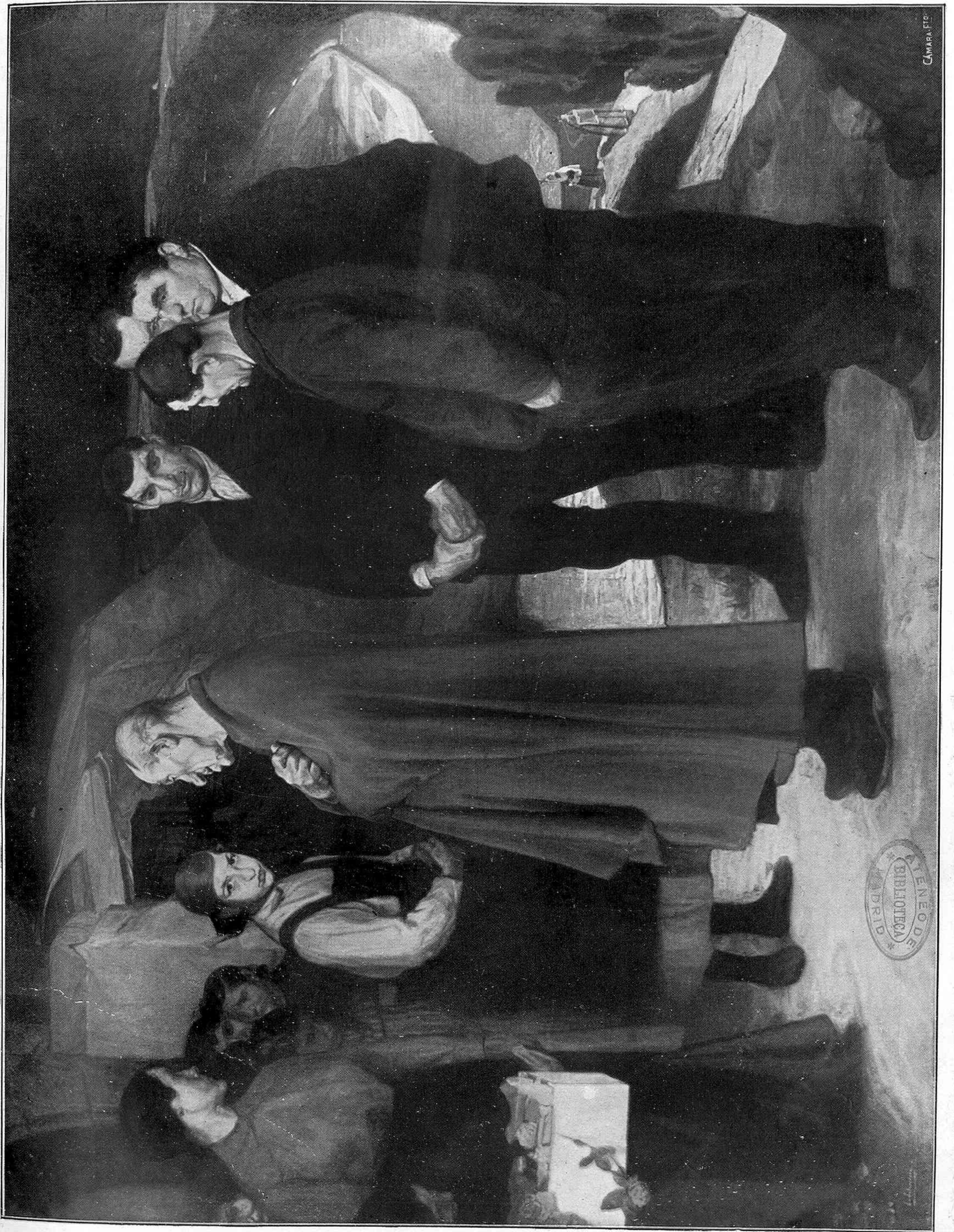
Un vendedor de periódicos de la Plaza de la Estrella, en París, tiene un perro más inteligente que muchos revisteros de toros españoles. Claro que no es muy alto el elogio que hago del perro; pero peor hubiera sido compararle con un concejal ó un diputado de la mayoría...

Este perro, en ausencias de su amo, vendía los periódicos sin equivocarse nunca; porque sería doloroso que á un aristócrata que pidiera *Le Gaulois* le diese *L'Humanité*. Basta para ello que el comprador deposite previamente el importe del periódico que desea comprar y señale después ese periódico. El perro se apresura á entregarlo. No podrá cambiar dinero. Es un inconveniente para el comprador. No distingue las monedas falsas de las buenas. Es un inconveniente para el vendedor.

Pero el caso es que consentía ausentarse de cuando en cuando al dueño del puesto para beber alguna copa, y tal vez en esta ausencia más larga y terrible de la guerra, venda el perro un periódico que publique la muerte de su amo.

Claro que todo esto es algo absurdo y un poco inverosímil; pero las agencias telegráficas de unas y otras naciones beligerantes nos han acostumbrado á creerlo todo...

José FRANCÉS



“EL DUELO”, cuadro de Elias Salaverria, que figura en la Exposición de Bellas Artes



NUESTRAS VISITAS

LOS LILIPUTIENSES



Fué en la mismísima Carrera de San Jerónimo. Tal vez si hubiese sido en la Plaza del Rastro ó en el barrio de las Injurias no me hubiese extrañado tanto. El espectáculo no podía ser una prueba más elocuente del salvajismo de un pueblo. Era un bofetón á la hidalgúia, á la civilización y á la hospitalidad. Veréis: por una de las aceras caminaba un caballero y una señora; iban del brazo. Esto no tiene nada de extraño, diréis; pero es el caso que este caballero y esta señora eran extremadamente pequeños, diminutos; apenas levantaban del suelo setenta centímetros. El, con sus largas barbas, se asemejaba á un gnomo fantástico. Ella, con sus cabellos rubios y sus ojos azules, parecía una bien hecha muñeca de bazar. Un numerosísimo grupo, donde se mezclaban hombres, muchachos bien portados y hasta mujeres, les seguía y les coreaba con una espontánea é inhumana burla... De las chanzas y las risas pasaron á los hechos. Un joven, adcentado de indumentaria, más atrevido que los demás, le dió un golpecito en la espalda al pequeño hombre; al momento surgió otro que le tiró de la falda á la señora; en seguida otro más osado que le tocó la cara y, por fin, varias manos villanas que agarraron las barbas al enanito. Entonces él tuvo que enarbolarse un junco que llevaba y defenderse; esto en vez de imponer respeto sirvió de regocijo á la chusma...

—¡Eh! ¡que se enfada! ¡Ja, ja!...

La desgraciada pareja no sabía ya qué hacer. Estaban congestionados, á punto de llorar... En sus rostros pequeñitos y armónicos se dibujaba el terror; el terror de que aquella multitud inculta y salvaje, aquella morralla social, deshonra de un pueblo, que se comportaba como una jauría de mastines, les destrozara.

No pude contenerme más. Me abrí paso entre los acosadores en un ímpetu quijotesco y llegué hasta la pequeña pareja. Ellos, con un poco de mie-

do, se pegaron á la pared, temerosos de que yo fuese decidido á tirarlos por los aires.

—¿Qué es eso? ¿Qué les pasa á ustedes?—les pregunté cariñosamente.

—¡Ya ve, señor!—me dijo la damita con voz entrecortada por la emoción—. Que hemos salido á ver Madrid y el público no nos deja. Nos persigue y nos maltrata como si fuésemos perros rabiosos.

—¡Oh, si yo tuviese su estatura!—clamó lleno de cólera el caballero en un mal pronunciado castellano.

—Son unos cuantos cafres—le expliqué yo mirando al grupo, que ya más serio y avergonzado de su cobardía se iba disolviendo poco á poco—. ¿Dónde viven ustedes?...

—En la calle de la Montera—repuso él, ya más tranquilo—. Somos de la compañía de liliputienses que está actuando en el teatro Cervantes.

—Pues lo mejor es que tomen un coche.

—Sí, eso—gritó ella con voz chillona—; ¡un coche! ¡un coche!

Mandé detener el primer *simón* que pasó por allí. El público, advertido ya de su incorrección anterior, abrió paso silenciosamente para que los enanos subieran al coche. El estribo estaba alto para ellos; entonces yo tuve que cogerlos en brazos y colocarlos dentro del vehículo. Cuando estuvieron ya acomodados, él me preguntó:

—Usted ¿será policía?

—No, señor. Soy periodista, aunque mis oficios en esta ocasión hayan sido los de un agente. Esto nada tiene de extraño en este país de las paradojas. Casi me atrevería á afirmar que en mis oficios de periodista está metido en estos momentos algún policía.

—¿Tiene usted la bondad de darme su tarjeta?

Les dí mi cartulina. Ellos se deshicieron en cortesías y partió el coche.

ooo

—Ahí están los liliputienses de Cervantes que preguntan por usted, señor *Audaz*—me anunció un ordenanza.

Salí rápido. En la pequeña sala de visitas había reunidas unas veinte personas entre caballeros y señoras. Mi sorpresa no tuvo límites, porque el más alto de mis visitantes no tenía ochenta centímetros de estatura y, por lo tanto, no me llegaban al extremo de la americana. Iban todos correctamente vestidos á la europea, con la indumentaria usual y *chic* entre las personas normales. Los había demasiado identificados con el tradicional flamenquismo español, hasta el punto de tocarse la cabeza con un flamante sombrero cordobés, el cual les daba el aspecto de esos monigotes de barro que, pendientes de una goma, venden en las verbenas. Ellas iban coquetamente ataviadas con vestidos de seda y paño, sombreros con ricos *sprits* y *paraísos*. Algunas miraban picarescamente tras impertinentes de oro. Al pronto me hicieron el efecto de una concurrencia correcta vista al través de unos prismáticos invertidos. Todos tan proporcionados, tan atentos, tan educaditos...

Entre ellos estaba el que yo había conocido dos días antes en la Carrera de San Jerónimo; pero no fué éste el que se adelantó á saludarme, sino otro más pequeñito todavía, rubio, casi albino, con ojos azules vivísimos... Me hizo una reverencia muy cortés, y más tarde, empuñándose, me dió su mano, que parecía la de un niño de cuatro años.

—Señor periodista—empezó diciéndome casi en correcto castellano—. Yo me llamo Heinrich Glaner y soy director de esta compañía de liliputienses que tengo el gusto de presentar á usted. Hemos sabido la atención que tuvo usted el otro día con nuestro compañero Jacob Dürmayer y venimos á hacerle presente nuestro agradecimiento.



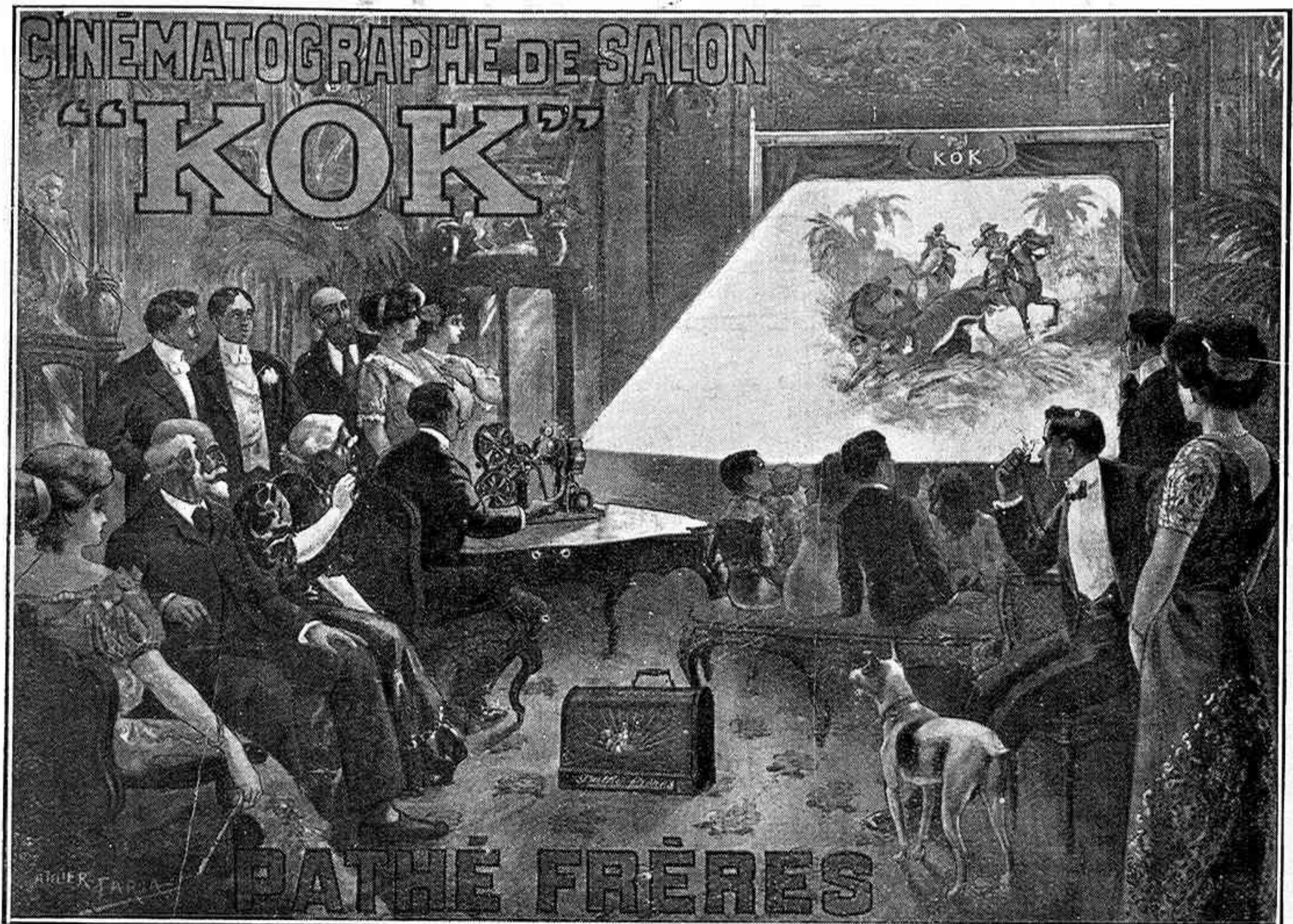
“El Caballero Audaz” hablando con los liliputienses durante la visita que éstos hicieron á nuestros talleres

LAS TERRIBLES VACACIONES DEL ESTIO

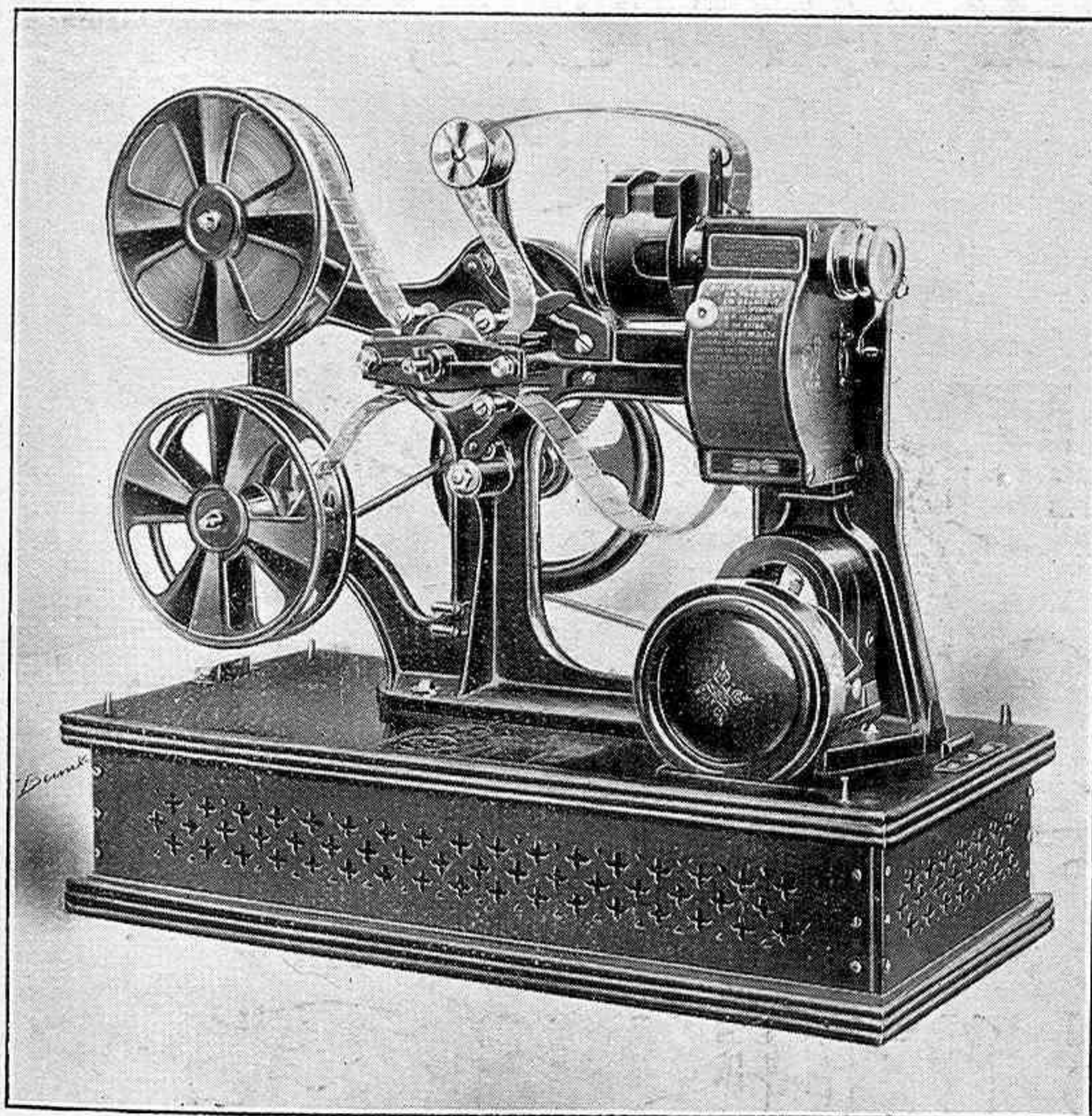
El verano, con tantos atractivos, ofrece un sinnúmero de aburrimientos. ¡El aire! ¡El mar! ¡El cielo azul! ¡Las alegres frondas! Pero también ¡el sol que mata! ¡La esplendidez del campo! ¡Las olas sin impulso, monótonas e iguales bajo el ardor de la canícula! ¡Las ramas sin más voz que las de las chicharras á las horas del calor pleno! Los libros de las desesperantes páginas, mil veces renovados, diciendo eternamente cosas parecidas distintamente combinadas, ¿qué será de las horas estivales de tedio, si la ciencia, tan solícita para los ricos como para los pobres, no tuviera escapes de bondad dedicándoles nuevas invenciones y singulares atractivos? ¿Quién, recluido en palacio, castillo ú hotel, no tiene, para las horas gratas, en sus jardines, el más nuevo y el mejor recreo *el cine KOK*, que os traduce sobre el muro blanco, sobre el albo lienzo, escenas de la vida, ya dramáticas, ya grotescas, tanto como la realidad nos las ofrece. ¿Que os aburre el cine momentáneamente? Pues tenéis el aparato de impresionar, del mismo sistema, para responder á vuestro gusto, siempre dispuesto á conservar en placas y retener en cintas aquella escena campestre que cautiva vuestros ojos, aquella reunión de familia y amistades que hablan tan directamente á vuestro corazón.

Fijos en el fondo de este aparato, devorado por su codicioso orificio, que roba sus encantos á todo para guardarlo con interés egoísta. Tendréis las seducciones de la mujer amada en secreto y que quizá no fuera capaz de entregaros su fotografía.

Esa fotografía de la figura inmóvil, de la mirada fija, de la *pose* que lleva consigo todo retrato; aquello ha pasado para dar lugar á la fotografía del *cine*, la no petrificada, la grácil y juguetona, la que mueve los ojos y habla y gesticula y *está siempre* como aquel día en que tanto os gustó; con el aparato de impresionar, que con muy poco dinero os proporciona cuanto queréis, tenéis al Océano, verdoso, en la pleamar; á la luna que asoma su semblante de endemoniada entre un jirón de nubes; al rayo que inflamó el caserío en aquella tormenta; al volcado automóvil, bajo cuya



quier sitio estamos bien; nuestras cintas reflejarán furtivamente la luz de la cerilla ó del mechero que las acerquéis en vuestro descuido, pero no se incendiarán; mudas, prudentes, nuestras imágenes sólo esperan la hora designada por vuestra voluntad para moverse y agradaros. Así como la codicia de nuestra cámara sólo espera vuestro deseo para robar á la vida cuanto os agrade.



destrozada *carroserie* se nota un misterio de muerte; tenéis cuanto se puede imaginar, porque una cinta cinematográfica puesta al servicio de una intención artística es archivo de recuerdos y vida pasada que se reproduce á merced del capricho.

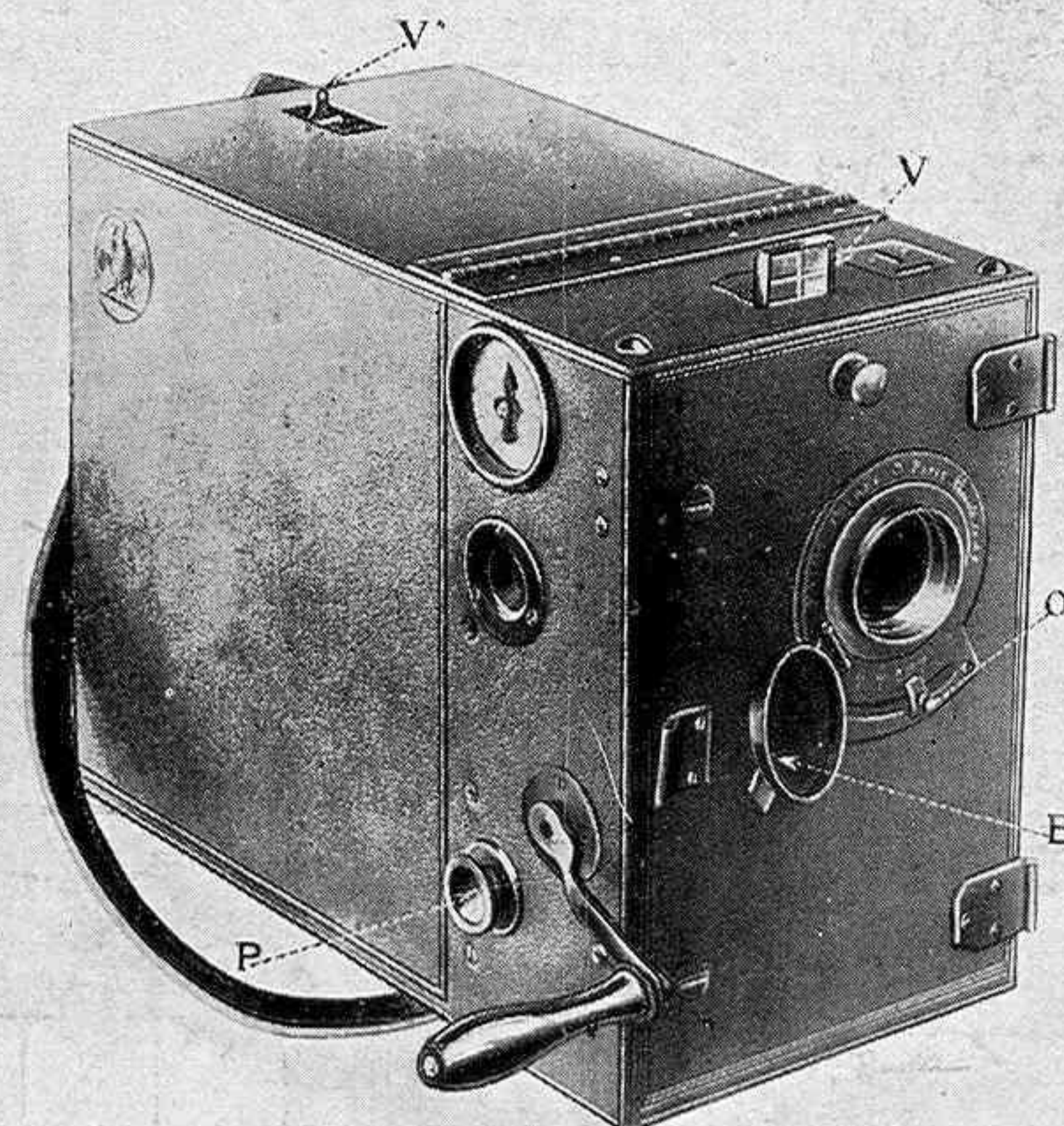
Quien posee dinero y salud y un *cine KOK* y un aparato de impresionar del mismo sistema no tiene derecho al hastío insoportable del verano, ni tampoco el que no posee gran caudal ni salud completa, ya que esto se brinda á todas las clases y á todas las fortunas. Parece que el aparato cinematográfico dice al rico: «yo te quitaré el aburrimiento», y al pobre: «yo, además de quitarte el aburrimiento, te daré luz para que te distraigas y me veas»; y uno y otro, los dos aparatos, el de impresionar y el de proyectar, gritan á todos:

«Llevadnos con vosotros en vuestro viaje y en vuestro retiro; en cual-

Demostraciones y catálogos:

PATHÉ KOK FRÈRES

Mayor, 18, entresuelo



*Compre Ud. el próximo día
3 de Julio el primer número
reformado de*

NUEVO MUNDO

*editado por la Sociedad
PRENSA GRÁFICA,
propietaria de*

MUNDO GRÁFICO

y La Esfera

 **48 grandes páginas** 

30 CÉNTIMOS 30